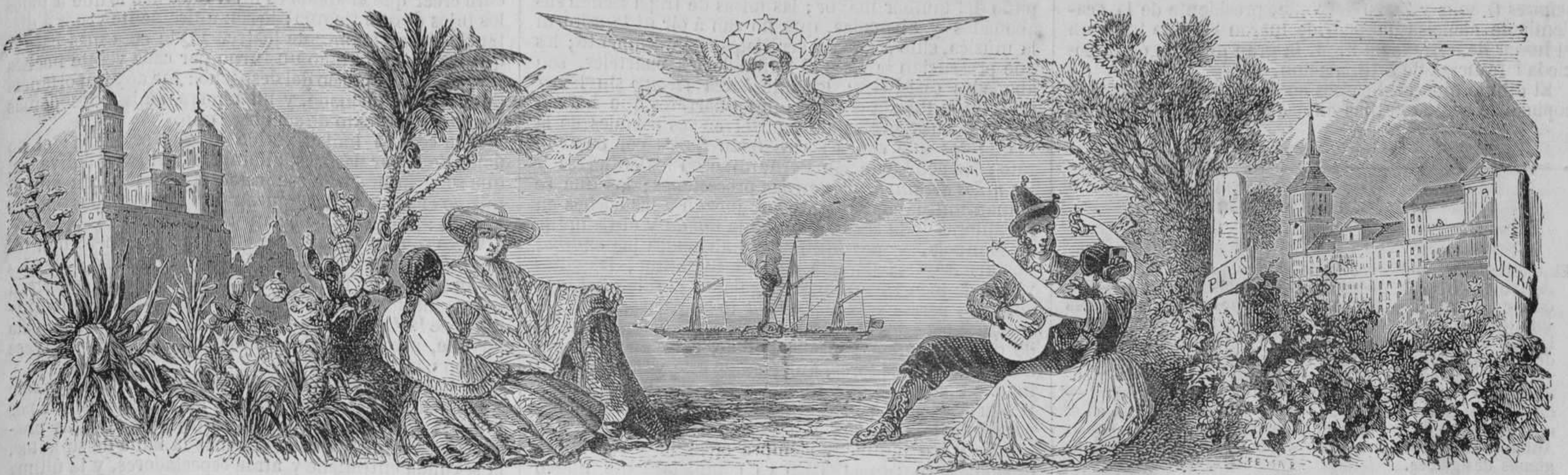


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 18. — N° 320.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Los alpagas y los lamas; grabado. — Revista española. — El Tesino; grabados. — Ostrerías artificiales de la bahía de Saint-Brieuc; grabados. — Revista de Paris. — Gonzalo de Oyon. — Recepcion del contra-almirante Baudin en la Guyana holandesa; grabado. — Conclusion del ferro-carril del Cairo á Suez; grabado. — La feria de las vanidades. — La instruccion pública en Rusia; grabados. — Leyendas americanas. — Revista de la moda. — La prima del Correo de Ultramar en 1859; grabados.

Los alpagas y los lamas.

MEDALLA CONCEDIDA AL REY DE ESPAÑA POR LA ACLIMATACION DE ESOS ANIMALES.

Los alpagas y los lamas viven y prosperan en las cordilleras á una altura de 3,000 metros. Acostumbrados á comer plantas que no crecen en ninguna otra

parte del globo, su aclimatacion debia presentar muchas dificultades; lo largo del viaje, el cambio de alimento, todo parecia contrario á la tentativa; pero por otra parte, eran tan grandes las ventajas de su introduccion en Europa, que ya en el siglo XVII los españoles intentaron algunos ensayos para introducir estos animales, que segun Buffon « deben producir mayores bienes que todos los tesoros del Nuevo Mundo. »

Efectivamente, una lana de una finura excesiva, una sobriedad tal, que esos animales viven allí donde el carnero no podria subsistir, y una carne delicada son ventajas demasiado evidentes para que en otras ocasiones se intentara lo que se probó primero en España.

Buffon pidió en vano durante su vida su introduccion en Francia; solo á principios del siglo actual, una señora que aun no era la emperatriz Josefina, tuvo el laudable pensamiento de poner en ejecucion la idea del célebre naturalista.

El rey de España Carlos IV mandó que la trajeran treinta y seis alpagas ó lamas; durante la travesía

los animales comieron únicamente heno, patatas, salvado y maiz, sin echar de menos el *ycho*, que es la planta con que se alimentan en las cordilleras. Sin embargo, en aquel tiempo, las guerras hicieron olvidar á los pobres animales, que permanecieron en Buenos-Aires seis años; y cuando en 1808 desembarcaron, únicamente seis sobrevivian. En 1849 se vendieron en Holanda los lamas y los alpagas pertenecientes al difunto rey Guillermo II; por órden del gobierno francés se compraron y se repartieron entre el instituto agronómico de Versalles y el Jardin de Plantas de Paris.

Estos últimos prosperan, pero los de Versalles perecieron por la humedad excesiva de su habitacion y por el mal alimento. En suma, aunque sin haberse hecho experiencias en grande escala, está probado que el alpaga y el lama pueden vivir y reproducirse en Europa.

Una vez constituida la sociedad francesa de aclimatacion, ofreció un premio de honor para la aclimatacion del lama y del alpaga; y en su sesion pública de este año ha concedido ese premio á S. M. el rey de España



EL ALPAGA Y EL LAMA.

por haber realizado ese voto proseguido hacia dos siglos por muchos hombres eminentes en la ciencia ó en la filantropía.

La España, como hemos dicho ya, fué la primera que se ocupó de esta cuestión, y á ella le toca el honor de haber dotado á la Europa de esta nueva riqueza. Ahora es de desear que su ejemplo se siga en otros países. Los señores Graells y Zarco del Valle, presidente de la Academia de ciencias de Madrid, fueron los que tuvieron el honor de entregar á S. M. la gran medalla de la Sociedad francesa de aclimatación.

El dibujo que publicamos en la página anterior, está copiado de las fotografías enviadas por el señor Graells.

L. R.

Revista Española.

El año naciente. — Proyectos de vida nueva. — Mis revistas de 1839. — Historia de los abonados y de los abonados. — Sus diferentes clases. — Teatros. — Funciones repetidas del mes anterior. — La Calle de la Montera. — Quemar las naves. — La Aurora de la fortuna. — Culpa y castigo, ó sea otro drama con ricos y pobres. — Avaricia y desfilfarro. — Lluvia de piezas en un acto. — El Teatro Real tosiendo y sudando. — *I Puritani*, cantada por la Kennet y Giuliani. — Cuatro palabras sobre esta ópera. — Función régia en el mismo teatro. — Premios en la Biblioteca Nacional. — San Anton y los estrechos. — La venida de los magos. — Renegones desiguales.

Conducido de la mano por el tiempo dejábase ver un año nuevo, todo risa, todo planes de felicidad y de esperanza. Al contemplarle los pobres habitantes de esta bolilla que llamamos mundo, tan risueño, tan inocente, jugueteando al sol de enero unas veces, formando otras frágiles figurillas con la blanca nieve que alfombraba las praderas, ¡qué de ilusiones se hacían! ¡qué de proyectos albergaban en su mente! *Año nuevo vida nueva*, es frase muy corriente en la tierra, y demostración clara de que el hombre siempre está inclinado al arrepentimiento; así que al expirar diciembre, ¿quién no piensa hacer una reforma completa en sus costumbres? El que ningún cuidado tiene de sus haciendas, desde enero hace ánimo de ser cuidadoso y consigne serlo por quince días; por la misma época imagina el literato concluir siete ú ocho obras que tiene empezadas desde el año anterior, y la elegante niña prepara el desenlace de sus amores delante del cura de la parroquia.

Todos en fin se llenan de esperanzas á la venida del año nuevo. ¿Cómo he de librarme yo del contagio común? Mis revistas en el 1839 van á ser mas amenas que en el 1838; cuando las escriba procuraré estar alegre, y el estilo festivo será el manto de viaje en que vayan envueltas desde Madrid á Paris y desde Paris á América.

Hé aquí mi programa para los artículos mensuales, en que he de referir los sucesos que prepara el año entrante para irlos desarrollando en España, y los usos y costumbres de la alegre villa de Madrid. Mis intenciones son buenas; ¿qué mas se me puede exigir?

Y por cierto que 1839 se presenta en sus primeros días capaz de acabar con la tristeza mas arraigada, porque bailes, teatros y reuniones de todas clases brindan á porfía placeres y pasatiempos. Sobre todo los teatros, que á ocupar sus asientos hay una afición desmedida entre nosotros; nada importa que llueva; nada que las empresas teatrales pongan en las tablas verdaderos mamarrachos: el público se apresura á llamar al despacho de billetes, y tal vez también á pedir *abonos* en contaduría.

Abonos, queridos lectores; que así hemos dado ahora en llamar á las suscripciones por mayor pulcritud; *abonos*, de los cuales tomados en sociedad existe notable porción en cada coliseo; *abonos* en fin, padres de los *abonados*, que son unos entes dignos de observación y estudio, acerca de los cuales voy á estampar aquí algunos parralillos, sin que al hablar de abonados y abonados vaya nadie á entender que la agricultura es mi ciencia favorita y mis mas encantadoras ilusiones los *cactus* y alcornocques y el *guano* y el *mantillo*. No: los abonados son ciertos seres, que ora columpian sus gracias en los acerados muelles de las butacas teatrales, ora se dan á la pública exhibición en los escaparates ó palcos de prosenio. Estos seres son los mas parecidos al hombre entre todos los de la creación despues de los gallegos y las viejas. Y ¡cuántos géneros, tribus y familias hay en este orden zoológico! Porque no me los manchen los cajistas no doy á la imprenta unos cuadros sinópticos de las diferentes variedades de los abonados, que honra y provecho pudieran producirme á no dudarlo. ¿Ven Vds. aquel que en un gabinete de lectura se rie diez y seis veces con una misma gacetilla, leyéndola sin notarlo en diez y seis periódicos distintos? Ese es un abonado: dejadle y entremos en aquel café: en torno de las frias losas de los férreos veladores, sepulcros de tantas insignes tonterías, mirad qué mosconeos arman los círculos que les sirven de orla y de corona; lo mismo arreglan allí el mundo que los terrones en sus azucareros; con igual facilidad pasean las escuadras por el Báltico y el Océano, que las cucharillas por las tazas de café; política, literatura, modas y chismografía, todo es igualmente fácil para ellos; de todo hablan y de todo entienden, ¡como que están abonados para hacerlo cada noche. ¡Qué significa tanta gente parada en esa acera? Son *abonados* á ver partir los coches de correos; ¡qué alegría lasuya tan inocente, cuando

suenan las ocho y pasan á escape los carruajes! Solamente pudiera competir con ella la de tantos admiradores de las ciencias que saltan de gozo al ver partir desde razonable distancia las locomotoras del ferro-carri de Alicante. De *abonados* se forman esos coros que diariamente acompañan la guardia de palacio, admirando el sencillo traje y el baston sin borlas y sin puño del tambor mayor; las misas de tropa tienen sus abonados y abonadas, que no van á oír ni la misa ni la música, sino á ver y á ser vistos recíprocamente; los que presencian la *lista* al frente de los cuarteles, son abonados casi todos; los que *hacen tiempo* sin hacer nada en la Puerta del Sol; los guerreros que buscan por la noches ninfas de cuartel en los portales de la Plaza; los que van á las *cuarenta horas* por pasar el rato; los pobres de San Bernardino en los entierros y los *niños desamparados* en las procesiones; y las que se peinan mutuamente y los que juegan á las bochas en las afueras de la corte, ó sea en la *Ronda* y el Campillo de Manuela, y por último, son abonados las *ondinas* nocturnas de la Carrera de San Gerónimo, las sillas viejas de toda España para engalanar el salon del Prado, y los perros y los necios por todas partes.

Mas todos estos disfrutaban gratis sus abonados, y no es de ellos de quien pensaba hablar, así como tampoco del abonado á los toros, aun cuando este ya paga su billete. ¡Y lástima que es por cierto no hablar de él! ¡Cuán variado! ¡Cuán ameno y cuán instructivo espectáculo le da solaz y esparcimiento! Tú, querido lector, y yo también, siempre creemos ver allí lo mismo, pero ¡quién! Todo es completamente nuevo cada día. Un volúmen entero no bastaría si quisiera pintarte las *impresiones* del *amateur* ó amante de los toros. Ya un caballo arrastra dos varas mas de bandullo que el de antes por la plaza; ya un banderillero puso hoy tres *rehiletes* y ayer cuatro; ya el toro muere *descabellado* ó de una baja recibiendo. ¡Oh! ¿qué sacrificios puede perdonar el abonado por ver cosazas tan notables? ¿Qué le importan á él los rayos del cariredondo Febo, ni el abundante jugo de las nubes, ni los bufidos del céfiro encargado de la seccion de pulmonías? El aficionado á toros un día de función tiene el cuerpo de *cauchouet* y el corazon de carne de adoquines; vive fuera de la atmósfera, sin frio ni calor, y no teme por los toreros, porque ese es un juego con sus reglas académico-físicas; y si el cuerpo de algun prójimo sirve tal vez de vaina á las puntiagudas *cocas* de un ciudadano de *cuatro orejas*, la culpa tuvo aquel majadero por ser ignorante y dejar que le atrapasen; es decir, por salir á la arena pudiendo ver la función desde los palcos.

Pero el verdadero abonado, objeto de mis apuntes, es el que asiste á los teatros. Semejante personaje participa de las cualidades de un gran número de seres y reúne en su organizacion lo mejor de su naturaleza. No á manera del caracol y la tortuga lleva consigo su casa continuamente; pero á semejanza de la yedra, que separada de los rústicos troncos á quienes sirve de forro y de gaban, siempre es yedra aunque bien pronto se marchita y muere, el abonado lejos de su asiento hablará á todo el mundo de su abono; mas ¡ay! que no lucirá la alegría bajo sus lentes ni se ostentarán pomposas y lozanas sus patillas.

Parece también el *abonado* á las palomas que vuelven todas las noches á sus nidos, y á las mulas de diligencias que saben mejor que los conductores el camino de su alcaoba y refectorio. En cualquier parte que se halle, cualquiera que sean sus ocupaciones, todo debe abandonar en sonando, no la hora de entrada á la función, que el *abonado* es preciso que haga su triunfal ingreso cuando le vea todo el mundo, sino la de la situación mas patética del espectáculo. Y no es esto por buscar un placer, no. Así como tú, caro lector, comerás todos los días por satisfacer la humanitaria necesidad, sin que probablemente preguntes á la cocinera qué platos va á poner en los manteles; así el abonado, si va al teatro es por llenar un vacío en su orgullo únicamente: cualquier cosa que salga de entre bastidores le alegra y regocija, y por meses enteros aplaude y corona de *bravos* y palmadas los mismos chistes y los mismísimos actores.

¡Mirale! aquel es; entra poniéndose los guantes, se sienta y dirige en torno sus miradas tan majestuosamente, como lo harían en otro tiempo los conquistadores romanos desde su carro. Si está en butaca no debe jamás desembozarse, sino hundirse en ella escondiendo la cara en el embozo, de modo que parezca á lo lejos una capa con peluca; si se muestra en palco, ocupará el asiento de espalda á los actores, y apuntará á todas partes, menos al escenario, sus gemelos; si pertenece al bello sexo, ¡oh! entonces, si ademas es bonita, tú la mirarás bien pronto, conociéndola por sus gestos y monadas.

De todos modos en fin, y cualquiera que sea el sexo á que pertenezca, el abonado debe hacerse siempre el *ennuyé* y el distraído.

Un ratito de sueño ó de éxtasis á ojos cerrados, con cierto negligé ó cierto abandono calculado; el *inocosear* entre dientes las palabras que van á echar al aire los cantantes, y el hablar mucho mientras el vulgo atiende, procurando no dejar oír á los mas próximos, son tres propiedades que no poco adornan y caracterizan á los abonados.

Reúnense los cuervos para devorar su presa; las cordornices forman escuadrones para sus viajes de invierno y de verano, y en comandita trasladan los monos las sabrosas frutas desde las altas ramas hasta el suelo. Casi todos los seres de la naturaleza son por demás so-

ciables, y el abonado lo es como ninguno. Su palco ó su butaca imitan exactamente á los hormigueros, donde todos los habitantes han de llevar una miga ó un granito. Si alguna vez le ocurre á cualquiera la humorada de abonarse, no lo hace casi nunca solo; así lo manda la economía, virtud de moda entre pobres y entre ricos y madre de todas las pequeñeces de la época. ¡Qué locura creer que el abono es lujo! Sucédele lo que á todos los lujos de este tiempo: lo son únicamente vistos á distancia como telones de teatro. ¿Qué cosa mas barata que un abono? Tomo un turno por cada veinte noches á la mitad del precio del despacho; me doy importancia llamándome abonado, y me ahorro de ir á los demás teatros so pretexto de acudir al mio.

Otra cosa es indispensable al que se abona: el no dejar de llevar perchas, alfombras y sillones ó divanes, que se vean desde lejos: estos chismes hacen allí el mismo efecto que las muestras y las portadas en las tiendas: anuncian, encelan y entonan.

Tales son los abonados: en el mes de enero han tenido ocasiones de divertirse muy á menudo; pasadas las funciones de Navidad todos los teatros se muestran incansables en materia de estrenos; verdad que ninguna de las novedades de este mes ha hecho completa fortuna, pero en cambio la ración es grande, y váyase lo uno por lo otro.

El *Cid* del señor Fernandez y Gonzalez, *el Juramento* y *el Cura de aldea* han seguido dejándose aun ver por muchas noches en las tablas. La primera de estas producciones aumenta cada vez mas la fama de su autor, la segunda entretiene y atrae espectadores, y la última ha dado origen á variadas críticas por las ideas que expone y el carácter del personaje principal, en que el autor retrata lo que en su juicio ha de ser un cura de pueblo.

Soy un hombre sin familia,
A quien todas pertenecen;
Que busca á los que padecen,
Que sus males reconcilia;
A cuyos piés los cristianos
Depositán sin recelo
Con lágrimas de consuelo
Sus mas ocultos arcanos.
Soy la humana providencia
Que consuela al pecador,
El único mediador
Del poder y la indigencia.
El hombre cuyos consejos
Raudales son de cariño,
El que enseña el bien al niño,
La eternidad á los viejos.
Un hombre á quien nunca olvida
Ni el rico ni el pordiosero
De tener por compañero
En las penas de su vida.
Un ser que al mundo ha venido
A calmar el sufrimiento,
A dar su pan al hambriento
Y su hogar al desvalido.
El que vino aquí á sufrir
Y á endulzar tu padecer,
El que bautiza al nacer,
El que bendice al morir,
El que pregona la fe
De una religion divina,
Ante el cual la frente inclina
El que culpable se ve.
El que va del bien en pos
Sin mirar clase ni nombre,
El que en el mundo del hombre
Es un destello de Dios.

Pero de las comedias dadas al público en enero, la primera en antigüedad es *la Calle de la Montera*, original de don Mariano Serra, estrenada en el beneficio del actor don Julian Romea. Segun el mismo autor dice, le ha dado idea para esta obra una tradicion vulgar que asegura haber tomado su nombre la calle de la Montera de la mujer de un montero muy hermosa que vivió en ella. Sobre esta base el señor Serra eleva un cuento vestido con el traje de capa y espada, en que abundan los galanes rondadores, los alcaldes y alguaciles, los balcones escalados por el amor, los rajes y reveses, y todos los lances en fin de nuestro teatro antiguo. Dícese generalmente que el acto primero de esta comedia es mucho mejor que los dos restantes, los cuales fatigan sin interesar, y que se ha sostenido en la escena por las gracias de la versificación que sabe prodigar el señor Serra.

Resiéntese pues *la Calle de la Montera* de haberse meditado poco su plan; de aquí que no estén suficientemente motivados los sucesos, resultando confusion en el conjunto. A pesar de lo cual entretiene agradablemente por los felices rasgos cómicos que la adornan.

Para ejemplo de su versificación copiaría alguna escena entera, pero no teniendo espacio suficiente para ello, ahí van las seguidillas que se dicen al final, explicando el nombre de la calle y la comedia.

Y cumpliendo el precepto
Que el rey me encarga
De bautizar las calles

Cortas y largas,
 Ordeno y mando,
 Igual que si estuviera
 Puesto en el bando :
 Que está calle en memoria
 De una hermosa
 Que hizo á un alcalde tierno,
 Seglar á un cura,
 Marido á un loco,]
 Y á un Lara, que en lo Lara
 Pensara poco,
 Un azulejo grande
 Tenga en la acera,
 Titulándola calle
 De la Montera.
 Yo sé de un viejo
 Que mirará con lágrimas
 Ese azulejo.
 Da el hombre á amor tributo
 Tarde ó temprano :
 ¡ Ay del que por desdicha
 Le paga anciano !
 La edad de flores
 Es la edad de la vida
 De los amores.
 Niñas, las que á esta calle
 Vengais mañana,
 Amad, mientras sois niñas,
 Con vida y alma.
 Y el cielo quiera
 Que halleis dicha en la calle
 De la Montera.

Sigue en el orden cronológico un drama, primera producción de don Antonio Berzosa, estrenado en Novedades con el nombre de *Quemar las naves*. A la legua se conoce en él la inexperiencia teatral de su autor, pero está escrito con cuidado y conciencia, y promete para aquel futuro aplauso en otras obras. A pesar de su título, nada tiene que ver por supuesto con la gloriosa hazaña de Hernán Cortés, reduciéndose el asunto á pintar escenas domésticas y de costumbres modernas.

El aplaudido actor del teatro del Príncipe don Fernando Osorio, ya conocido también ventajosamente como autor dramático, ha presentado en aquel coliseo una comedia con el título de *la Aurora de la fortuna*.

En verso y original, igualmente que las dos anteriores, ha logrado aplausos por lo interesante de su argumento y lo agradable y correcto de su estilo, repitiéndose bastantes noches y atrayendo concurrencia.

Culpa y castigo se nombra otro drama original de don Manuel Ortiz de Pinedo, que ha representado la compañía de Novedades. Un seductor abundante de dinero y que se da tono en la alta sociedad, y una mujer pobre, seducida por él, son los dos personajes principales de aquella fábula. Con solo decir esto, ya comprenderán mis lectores que la obra de que se trata pertenece á la especie de esas que cuelgan en la pobreza todas las virtudes, dejando vinculados los vicios en el dinero, sin embargo de que en esta se guarden más consideraciones que en otras muchas de las mismas tendencias venidas á nuestros teatros de mas allá del Pirineo. No agradándome pues el género, claro está que no pueden gustarme tampoco las producciones que á él pertenecen, por más que la del señor Ortiz de Pinedo tenga rasgos y situaciones felices y caracteres dramáticos, como el de aquella mujer, que pasando en sociedad como modelo de virtudes, vive infeliz en continua lucha con la conciencia que la acusa de sus faltas.

De otra, llamada en los carteles comedia de gracioso, que ha seguido á esta en el mismo teatro, y se titula *Avaricia y despilfarro*, solo diré que es traducción del francés, y que no sería grande la pérdida para la literatura aunque se hubiera quedado para siempre en la lengua que se escribió.

Gran porción de piezas en un acto se han estrenado en enero, unas originales, y otras, que son las más, traducidas. Pertenecen á este número *las Lágrimas del cocodrilo*, que solo una noche se representó y esa entre demostraciones de disgusto; *un Marido buen mozo y otro feo*, versión de don Juan del Peral; *En la cara está la edad*, que lo es de don José Olona; *El último vals de Weber*, de Alejandro Dumas. Son originales las dos siguientes: *Se salvó el honor* y *¿Quién es el autor?* escrita por don Juan Antonio Ayllon.

El Teatro Real ha visto pasar una temporada de consuetudados, que han tenido entre sábanas á la mayor parte de sus cantantes. Enferma la señora Kennet y enfermo también el tenor Betini, encontrábase la empresa sin poder sacar á la escena casi ninguna de las óperas que se han hecho en lo que va de año dramático. Pero más benigno el señor invierno y menos agudos los fríos, acabáronse por fin las ronqueras, y Betini volvió á cantar el Hernani, y la Kennet á lograr nuevos aplausos en los *Puritinos*.

Esta es una de las óperas mejor cantadas por la actual compañía. La Kennet, Giuliani, Bartolini y Llorens han estado muy felices en ella, teniendo los tres primeros especialmente momentos deliciosos en que entusiasmaban á los espectadores menos entusiasmables. Y por cierto que todo se lo merece la ópera. Bellini, el mortal privilegiado que tenía en su mano los corazones de sus semejantes haciéndolos palpitar entre tor-

rentes de armonía, quiso despedirse del mundo con un tesoro musical, y escribió en 1834 los *Puritinos*, que en 1835 se estrenaron en París cantados por la Grisi, Rubini, Tamburini y Lablache. El asunto del libretto, dramático é interesante de por sí, ofrecía ya al inspirado maestro feliz ocasión de lucimiento. La generosa caballerosidad de Arturo y de Ricardo, la noble figura de Giorgio y la poética de Elvira, que se cree abandonada por su amante cuando iba á unirse con él para siempre, perdiendo el juicio y entonando en su demencia la canción con que en tiempos más felices celebraba sus amores, todo forma un conjunto delicado que exige por necesidad la música del autor de la *Sonámbula*. Esto lo comprendió perfectamente, y hoy los inteligentes admiran cada una de las piezas que componen los *Puritinos* como otros tantos tesoros del arte musical.

Esta es pues, gracias á las indisposiciones de garganta, la única novedad que ha visto enero en el Teatro Real en el que se celebró una función de gala la noche del 23, por ser los días del príncipe de Asturias. La *Sonámbula*, mejor cantada que nunca por la Kennet y Giuliani, fué la ópera que oyeron SS. MM. y una numerosa concurrencia vestida de etiqueta ó de esplendentes uniformes.

Segun costumbre, el día 2 verificóse la apertura de la Biblioteca nacional, dándose cuenta por el secretario de los trabajos hechos en ella durante el año, y adjudicándose el premio ofrecido en el programa á don José María Eguren por su obra titulada *Bibliografía paleográfica de las iglesias y monasterios de España*, que habrá de reimprimirse á cuenta del gobierno.

Las funciones populares de enero se han presentado este año tan animadas como siempre. En cuanto á diversiones alegres, el pueblo de Madrid ya he dicho muchas veces que puede apostárselas con el más pintado. Así es que el día de San Anton acudió en masa á ver los caballos enjaezados que paseaban segun costumbre por la calle de Hortaleza; la víspera de Reyes cortéáronse los estrechos á la española, ó se engulló *le gâteau des Rois* á la francesa en la mayor parte de las casas, y en la misma noche innumerables cuadrillas salieron por las calles á esperar á los Reyes magos á la luz de las antorchas y al compás de los cencerros. Esta última función sobre todo jamás ha presentado tanta animación como en el año actual: las calles estaban cubiertas de gente, y las cuadrillas que conducían á los *inocentes* no solo iban á pié, sino en carros tirados por briosas mulas. Cuéntase una anécdota como ocurrida en aquella noche, que voy á referir á mis lectores, puesta en verso porque bien lo merece, aunque sin darle de la verdad que pueda haber en ella. Es como sigue:

LA VENIDA DE LOS MAGOS.

Ciertos monarcas de Oriente
 Que no sé cómo no se nombran,
 Paisanos de aquellos magos
 Que nacimientos adornan,
 Oyeron decir á muchos
 Allá en sus tierras remotas
 Que en Madrid los esperaban
 Todos los años con pompa.
 Quisieron verlo el presente,
 Y bien provistas las bolsas,
 Sobre elegantes camellos
 Colocaron sus personas.
 Vieron las bálticas aguas
 Y del Bósforo las ondas,
 Y á Abdul y los Dardanelos
 Y el Pruht y Constantinopla.
 Con cristianos y con moros
 Tuvieron ratos de broma,
 Mientras poquito á poquito
 Se internaban en Europa.
 Los llevan ya sobre hierros
 Ardientes locomotoras,
 Ya en humeantes vapores
 Del mar las espumas cortan.
 En fin, ya están en España,
 ¡ Qué posadas y qué fondas !
 ¡ Qué tumbos ! ¡ Qué volatines !
 Del cupé que los aloja !
 Molidos y magullados
 Entrar en Tembleque logran,
 Y en un vagon á Madrid
 Llegaron en pocas horas.
 ¡ Con qué placer admiraron
 Las sencillísimas formas
 De la entrada imaginaria
 Que llaman puerta de Atocha !
 ¡ Cuál contemplan los palacios
 Que aquellos campos adornan,
 Y el muro que ya no existe
 Y el paso del sol no estorba !
 Aun encuentran por las calles
 Los restos de dulces glorias,
 Y oyen los ecos sonoros
 De rabeles y zambombas.
 Aun ven algun pavo errante
 Que escapó de la derrota,
 Y prueban los guijarrillos
 De Alicante y de Jijona.

Ya de la noche del cinco
 Iban cayendo las sombras,
 Y el gas al sol reemplazaba
 Alumbrando... las farolas,
 Cuando salieron los reyes
 De incógnito y sin coronas
 A ver cuál los esperaban
 En la villa muy heroica.
 ¡ Qué gritos ! Por todas partes
 Aullan voces vinosas,
 Y cruzan manadas de hombres
 Alumbrados por antorchas.
 Cuál una larga escalera
 Sobre sus hombros apoya
 Por un extremo adornada
 Con una espuerta indecora.
 Cuál un inmenso cencerro
 Con rudos esfuerzos toca;
 Cuál con sus blandos chapines
 Saca chispas á las losas.
 Son sus gaxnates de bronce,
 Rotos harapos sus ropas,
 Y el viento agita encrespadas
 Las vedijas de sus chollas.
 Ora en medio de las turbas
 Abre dos varas de boca
 Fornido infante, trasunto
 De las erias de una osa;
 Ora otra turba conduce
 Una gallega mondonga,
 Mas fea que seis cocheros
 Mas robusta que diez rocas.
 Y ven los reyes atóaitos
 Que en cien manchegas pagodas
 Al néctar de Valdepeñas
 En largos tragos adoran.
 Y en el centro de la calle
 Sobre montones de aromas
 (Municipales ornatos)
 La escala fija colocan.
 ¿ Visteis audar patiabiertas
 Las tortugas perezosas ?
 Tal se encarama por ella
 Un hijo de Covadonga.
 « Ya llegan los reyes, grita,
 Por la puerta de Segovia. »
 Y baja y corre, y escapan
 Alzando á las piedras ronchas.
 « ¡ Los reyes ! claman los idem,
 ¡ Oh democráticas hordas !
 ¡ Gritos, cencerros !... ¡ Oh mores !
 Huyamos, no nos énozean. »
 Y parten á escape á casa,
 Se esconden entre las colchas,
 Y al nacer el nuevo día
 Huyeron juntos en posta.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid. — Enero — 1859.

El Tesino. — Ascension á la cumbre del San Salvatore.

A questa terra il primo raggio tolle
 Della nascente aurora un vicin colle.
 ARIOSTO.

Antes de visitar los diferentes golfos del Ceresio quise yo contemplar de mañana en la cumbre del San Salvatore el conjunto del paisaje que le rodea.

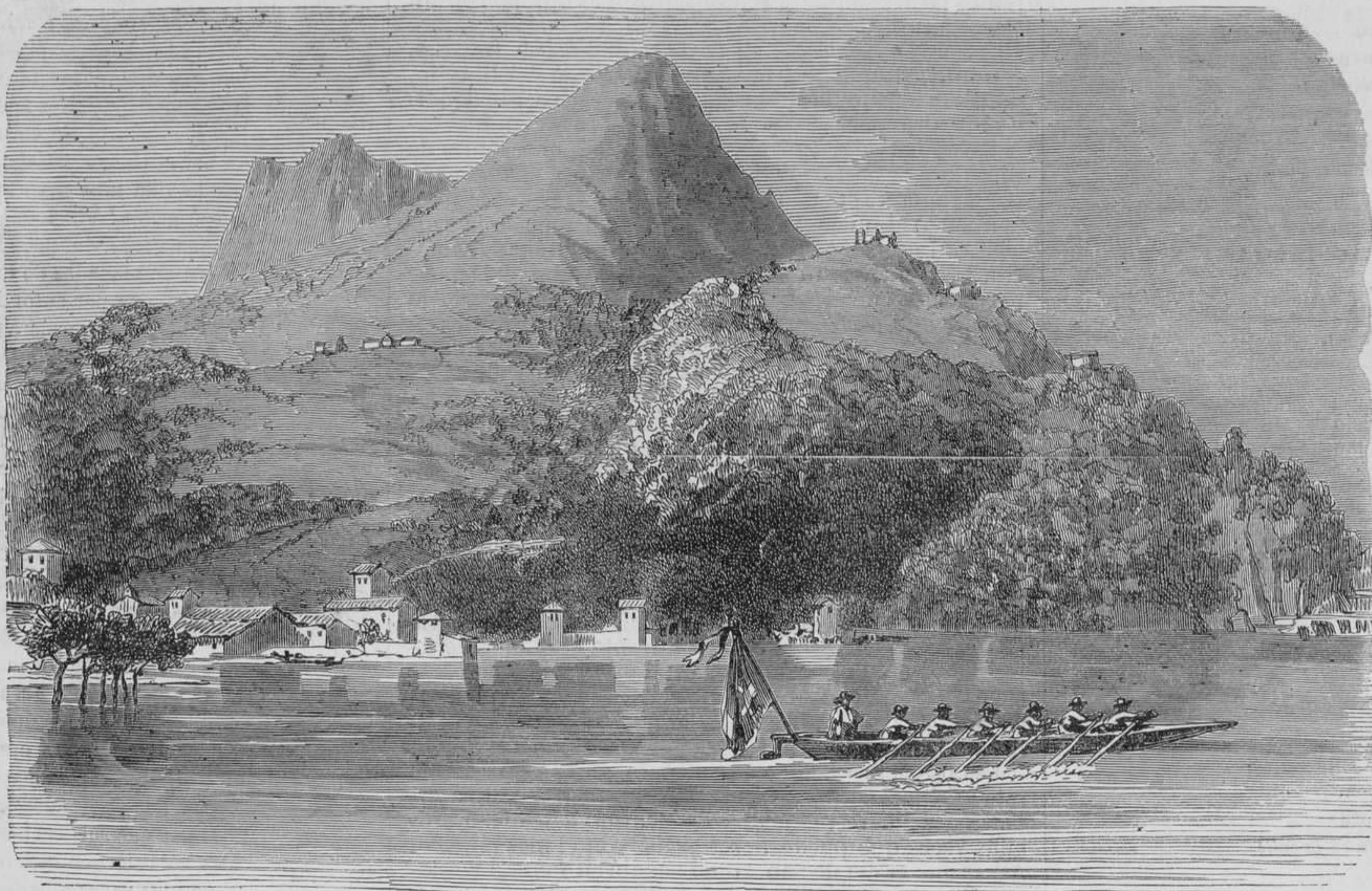
La noche estaba apacible y silenciosa. Una brisa suave y perfumada rizaba tranquilamente la superficie del lago. Mil estrellas brillaban, pero un lucero se destacaba entre todas ellas lanzando sus rayos sobre las alturas del Monte Caprino. La luna parecía sonreír á la tierra adormecida. El corte esbelto de los cipreses del palazzó Vassalli se dibujaba inmóvil en el espacio.

Únicamente nuestros pasos resonaban en el camino. Después de haber atravesado la puerta de una aldea situada á la falda de la montaña, entré en un sendero estrecho y escabroso que sube serpenteando á la cumbre del San Salvatore. Las villas pintadas con sus jardines, las vastas pajareras de follaje á donde van los pájaros á perder su libertad, las cascadas en el fondo de los barrancos, los árboles cargados de rocío y las ermitas pintadas al fresco, en cuyo derredor cantaban los grillos, todo esto se confundía aun en las últimas sombras de la noche. Pero en breve á la oscuridad sucedió un resplandor incierto; el brillo de los astros se eclipsa; los cantos de los pájaros resuenan más alegres, y los olores delicados de las flores embalsaman el aire.

Llegada á la mitad de la montaña eché una ojeada á la poblacion, cuyos muros bañaba el lago con sus olas inmóviles. Veía claramente sus golfos principales. En el más ancho se extiende Lugano con sus casas pintorescas y sus altas torres. Mas allá están las colinas guarnecidas de castaños que coronan los risueños valles de Colla, de Ravagna y de Isone, sobre los cuales se distinguen el Camoghe, el Vizzo-Vachera y los montes de la Valtelina. El Norte está cerrado por las masas de San

Gotardo y por los picos formidables de los Grisones, en tanto que al Nordeste se elevan el Monte Cademaris, el Camboragno y los ventisqueros del Simplon.

Una tinta rosada cubrió muy luego el San Salvatore, la ciudad y las aguas. Sin embargo, el cielo permanecía frío como las nieves acumuladas que terminaban á lo lejos el paisaje. Daban las cuatro en los relojes de Lugano cuando la claridad del día se esparcía por todas partes. Al Levante detrás de las montañas del valle Intelri, del país de Como y del Bergamasque, el horizonte se coloreaba apenas con los bonitos matices de la aurora. Se veían algunas nubes doradas; pero toda la magnificencia de la escena se concentraba en un solo punto. Al sudoeste, las cimas multiplicadas de la cadena del Monte Rosa resplandecían con un manto de púrpura. Mas abajo del



EL MONTE BRÉ Y EL LAGO DE LUGANO (Tesino).

lago Mayor, la montaña y el valle de Mardirolo desaparecían en el seno de la bruma. Hacia el Sur, los montes Riva y Generoso se hallaban aun envueltos en la noche, así como la fértil llanura de la Lombardia. Esta parte del cuadro tenía algo de triste, lo que hacia brillar mas el panorama del Monte Rosa. Un instante le perdí de vista en el bosquecillo que atravesé antes de llegar á lo alto del San Salvatore. De repente penetraron los rayos del día hasta el fondo del follaje, haciendo brillar las partes mas salientes de la roca.

Al llegar á lo alto de la montaña, abracé con la vista todo el espacio, las innumerables cumbres de los Alpes desde el Valais hasta los Grisones. El Monte Rosa habia palidecido; pero detrás del Portezza se elevaba un pico altanero en una luz de color de rosa en medio

de las nevadas cimas. Esta luz no tenía el esplendor de la que iluminaba el Monte Rosa. Rayos de fuego salieron de su seno, y al punto el sol se lanzó « como un gigante » sobre la montaña que perdió entonces su aspecto fantástico.

Comenzaron á brillar algunas partes del lago, y se reflejaban en él los sauces y las moreras. Ligeros esquifes corrian por sus aguas dejando en ellas surcos plateados. El lago Ceresio que veía en mi derredor como cinco lagos completamente separados, se hallaba en ciertos puntos cubierto de sombra. Las cuevas del monte Bré que están á sus orillas adornadas de verdura, de casitas blancas y de olivos se reflejaban en la onda. Al lado de una de sus cumbres se hallaba el pico pelado de la Dente-della-Vecchia. Por entre esta cresta y el

tierro por la libertad, ese tesoro sagrado del cristiano; la otra al Sur, es la de Giulia que murió de amor y de dolor á los treinta y dos años. Una corona fresca colgaba aun del busto de marmol que reproduce sus facciones delicadas. Al verlas tan suaves, me pareció que ella era la patrona de aquel sitio devastado por las borrascas del cielo, menos terribles que las del corazón. ¡Pobre Giulia! amó un día, y luego dejó de existir inclinándose como una flor bajo el peso del rocío.

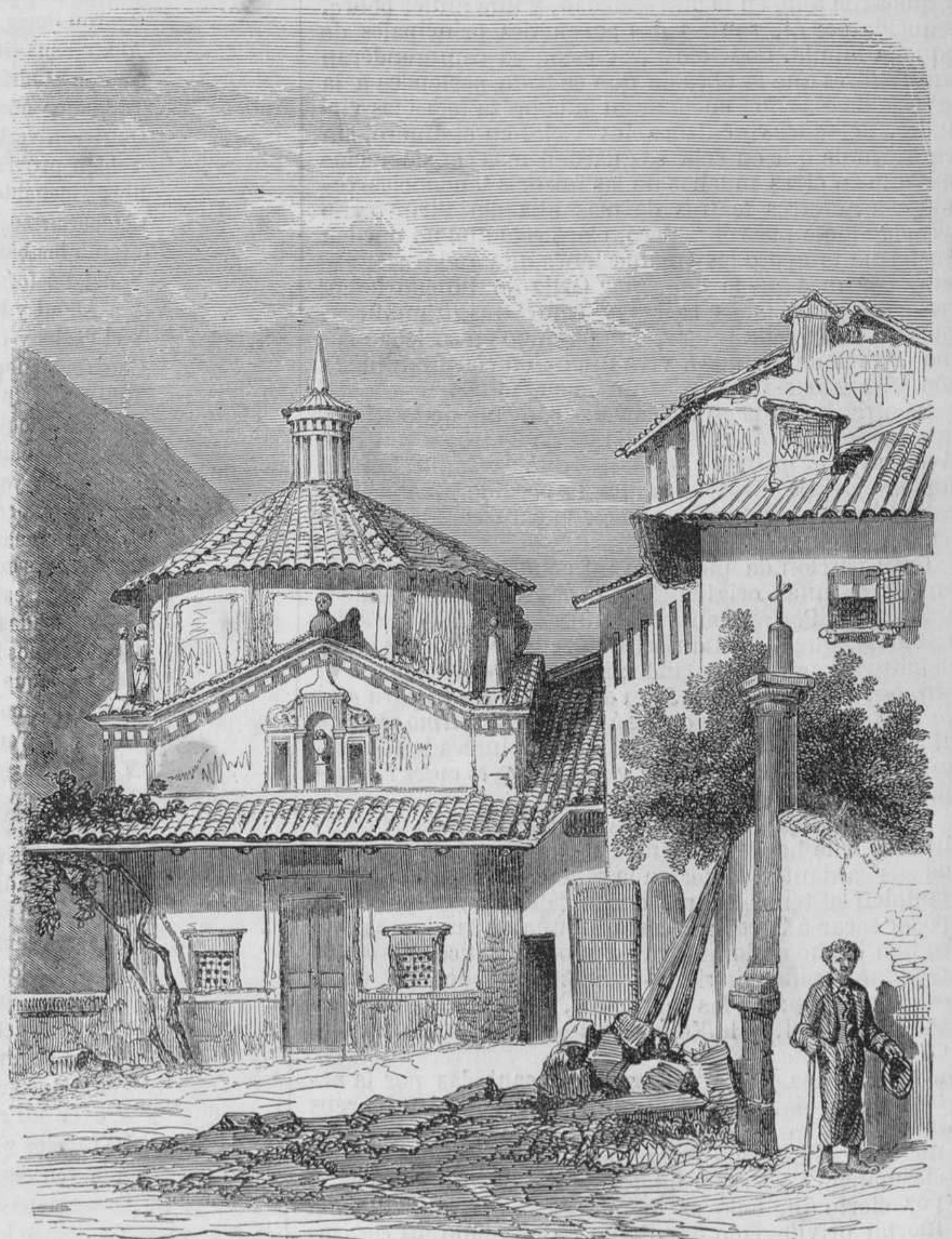
.....Gravata papavera collo
Demisere caput..... (2)

(1) El Caprino está lleno de grietas por donde sale un viento muy frío. Las llaman cavernas de Eolo, bodegas ó cantinas, y las aprovechan para vender bebidas.

(2) Virgilio.



UNA CANTINA EN EL MONTE CAPRINO.



UNA PLAZA EN LUGANO.

monte vecino cubierto de nieve, se deslizó un ancho rayo de sol que fué á iluminar un campanario en un cerro del valle Cola, la verde llanura de este valle cubierta de casas y de caminos, y el Cassarete con sus alamedas que huye hácia el lago.

El ranz de las vacas se oía en las gargantas del Monte Caprino, cuya verdura se iluminaba gradualmente. La onda brillaba al borde de las cavernas de Eolo (1). Las fachadas de algunas casas de la ciudad comenzaban á resplandecer, así como la torre de Santa Catalina; la atmósfera se calentaba. El silencio estaba interrumpido por la campana de la ermita de San Salvatore que mis guías pusieron en movimiento. Esta ermita se halla situada en lo alto de la montaña.

Hay allí dos tumbas solitarias; la una, al Levante encierra las cenizas de un extranjero muerto en el des-

Cogí cerca de aquella tumba un ramito de rosas silvestres que conservo; esas flores habian nacido quizá de sus cenizas.

¡Extraño destino, que ha reunido en ese rincón de tierra, en esa región de los rayos á Giulia y á Rodonski di Browo, víctimas de las agitaciones mas terribles que pueden desgarrar el alma humana, las discordias políticas y el amor! Ahora duermen en la paz de Dios que debe serles bien dulce después de las pruebas terribles de la pasión y del destierro. La tempestad que se desencadena tan á menudo sobre sus despojos mortales no puede conmovérles; las agitaciones sociales, los gritos del dolor, los ayes de la desesperación que gimen en el fondo de los valles que domina la cumbre del San Salvatore no pueden turbar su sueño. ¡Cuán insensatos son los hombres al quejarse de lo corta que es la existencia humana! ¿No es la vida para la mayor parte de ellos un sufrimiento continuo? ¿De cuántos males físicos, de cuántas amarguras interiores les sustrae la muerte! ¿Porqué pues la pintan con colores odiosos? Ordinariamente es un ángel benéfico, enviado por un Dios bondadoso, quien rompe los hierros de los cautivos bastante injustos para maldecirle por el servicio que les hace! Séneca era de otra opinión, pues hizo una libación con la sangre que corría de sus venas diciendo:

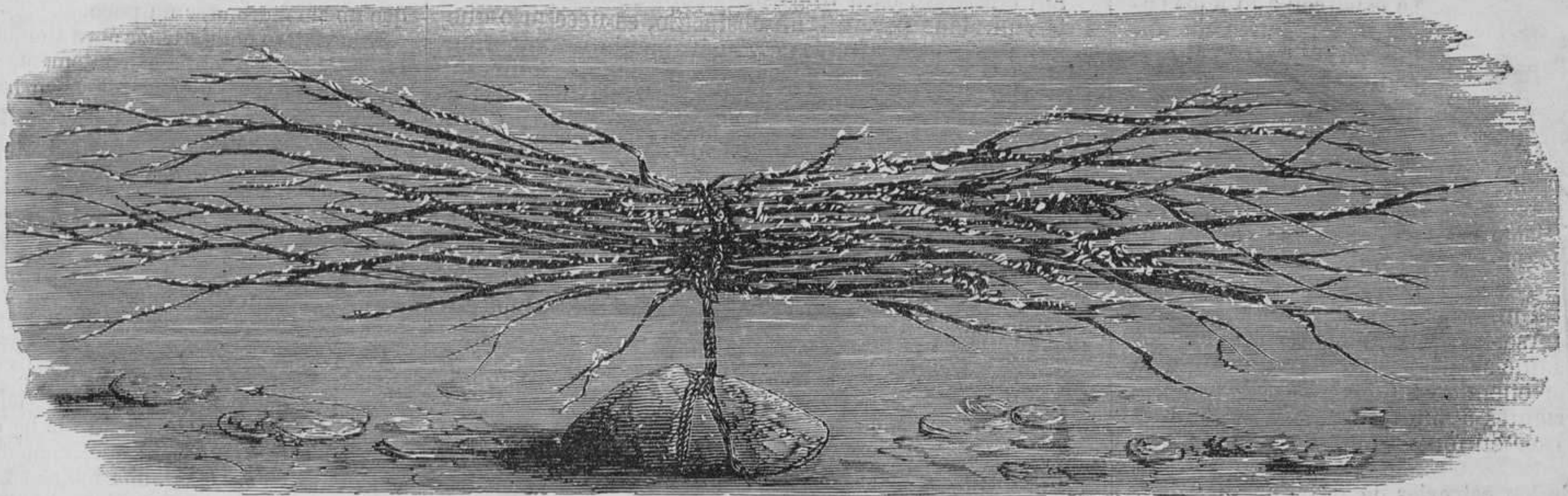
« Á JÚPITER LIBERTADOR. »

Al volver de mi excursión matinal, distingo en la plazoleta que separa el Ceresio del hotel del Parque junto á una capilla abandonada, á un pobre loco que me prodiga ordinariamente las sonrisas. El pobre loco tiene una ma-

nia helicosa muy inofensiva, se cree general; lleva una pluma negra en el sombrero y un palo que maneja á guisa de espada para hacer maniobrar sus tropas imaginarias. Los muchachos se rien de él, y las personas mayores le compadecen. ¿Porqué? ¿No se encuentra dichoso ejerciendo su quimérica autoridad? ¿No cree que todos obedecen á su voz de mando? Disfruta de un gran

creado en ese lago formados con grandes piedras y rodeados de estacas para recoger la semilla de las ostras, habrían erizado el golfo de escollos peligrosos. Se necesitaban pues otras combinaciones, y se han alcanzado los fines con el empleo de ciertos artificios y con una simple siembra.

Antes de proceder á esta siembra que se hizo con la regularidad de una práctica agrícola, se reconoció la naturaleza de los fondos, y cada uno de los diez criaderos elegidos para las ostras, se señaló con banderas, que al mismo tiempo que indicaban los límites del espacio que habia que poblar, debían advertir el rumbo á los navegantes. Determinados ya estos campos submarinos, se procedió á cultivarlos. Un vapor del Estado, el *Ariel* ó el *Antilope*, remolcando barcas y un lanchon de ostras, se presentaba sucesivamente en una de las extremidades del sitio elegido donde una embarcación le marcaba el punto por donde debia penetrar; luego guiándose por otra embarcación fondeada al otro extremo, marchaba derecho á ella, la daba una vuelta y volvía al punto de partida, trazando así á cierta distancia uno de otro dos surcos paralelos, como habria podido hacerlo un arado en la tierra. Durante esta maniobra, los marineros de la tripulación, establecidos en las barcas remolcadas sembraban á derecha é izquierda del surco y en el surco mismo las ostras que al caer iban á dispersarse por el fondo.

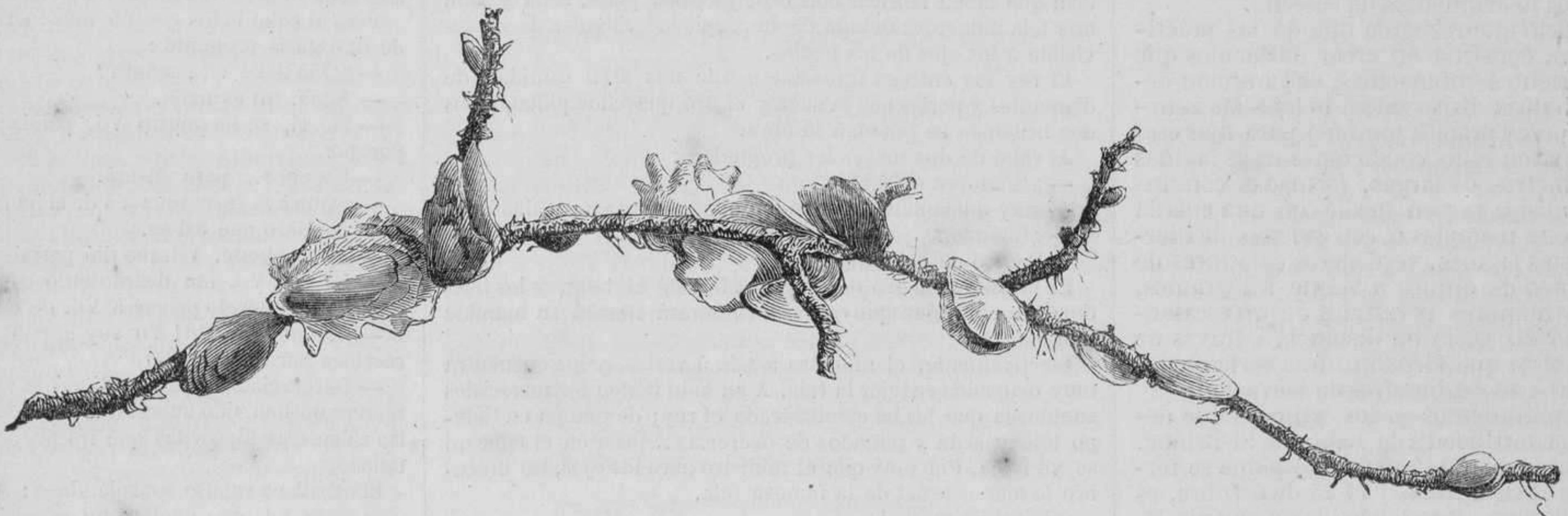


FAGINA DE LAS OSTRERIAS DE SAINT-BRIEUC, RECOGIDA EL 25 DE OCTUBRE DE 1858.

privilegio, cual es el de transformar la triste realidad según sus deseos. Sin embargo, á pesar de la elevada posición en que se supone, agradece los *centesimi* que le dan, y vive muy contento con su miseria.

CONDESA DORA D'ISTRIA.

pe, remolcando barcas y un lanchon de ostras, se presentaba sucesivamente en una de las extremidades del sitio elegido donde una embarcación le marcaba el punto por donde debia penetrar; luego guiándose por otra embarcación fondeada al otro extremo, marchaba derecho á ella, la daba una vuelta y volvía al punto de partida, trazando así á cierta distancia uno de otro dos surcos paralelos, como habria podido hacerlo un arado en la tierra. Durante esta maniobra, los marineros de la tripulación, establecidos en las barcas remolcadas sembraban á derecha é izquierda del surco y en el surco mismo las ostras que al caer iban á dispersarse por el fondo.



RAMA DE UNA FAGINA DEL TAMAÑO NATURAL.

Ostrerías artificiales de la bahía de Saint-Brieuc (Francia).

Una experiencia cuyo brillante resultado hará época en la historia de la aplicación de las ciencias naturales á la industria, acaba de demostrar que el dominio de los mares se puede poner en cultivo como la tierra; que mediante ciertos procedimientos muy sencillos se multiplican aquellos productos lo mismo que los de la tierra.

A consecuencia de un viaje de exploración emprendido por las costas del Océano, M. Coste, miembro del Instituto, exponía al emperador con fecha 6 de febrero de 1838 el estado de empobrecimiento ó de ruina completa en que se hallaban la mayor parte de los criaderos de ostras. En la Rochelle, Marennes, Rochefort, las islas de Ré y Oleron habian desaparecido diez y ocho bancos de los veinte y tres que antes formaban una de las riquezas de ese litoral; las infinitas ostrerías de la bahía de Saint-Brieuc, cuyas cosechas anuales explotadas por doscientas barcas producian hasta 400,000 fr., se hallaban reducidas á tres, que veinte barcas habrían agotado en pocos días; en otros puntos de la Bretaña como Vannes, Brest y Lorient, la decadencia también iba en aumento; en fin, por todas partes, con raras excepciones, esta industria se hallaba perjudicada en sus fuerzas mas fecundas.

Para remediar tan deplorable estado de cosas, M. Coste pedía que la administración de la marina quedase encargada bajo su dirección de reanimar los bancos en decadencia, de poblar los que estaban agotados, y de crear bancos nuevos allí donde lo permitiera la naturaleza de los fondos. Aceptada esta proposición, señaló la bahía de Saint-Brieuc como la mas propia para intentar un experimento de esta clase.

Las operaciones comenzaron en mayo y concluyeron en abril siguiente, y en este corto espacio de tiempo tres millones de ostras recogidas unas en la mar común, otras en Cancale y otras en Treguier, fueron distribuidas en tres criaderos que representaban una superficie total de 1,000 hectáreas.

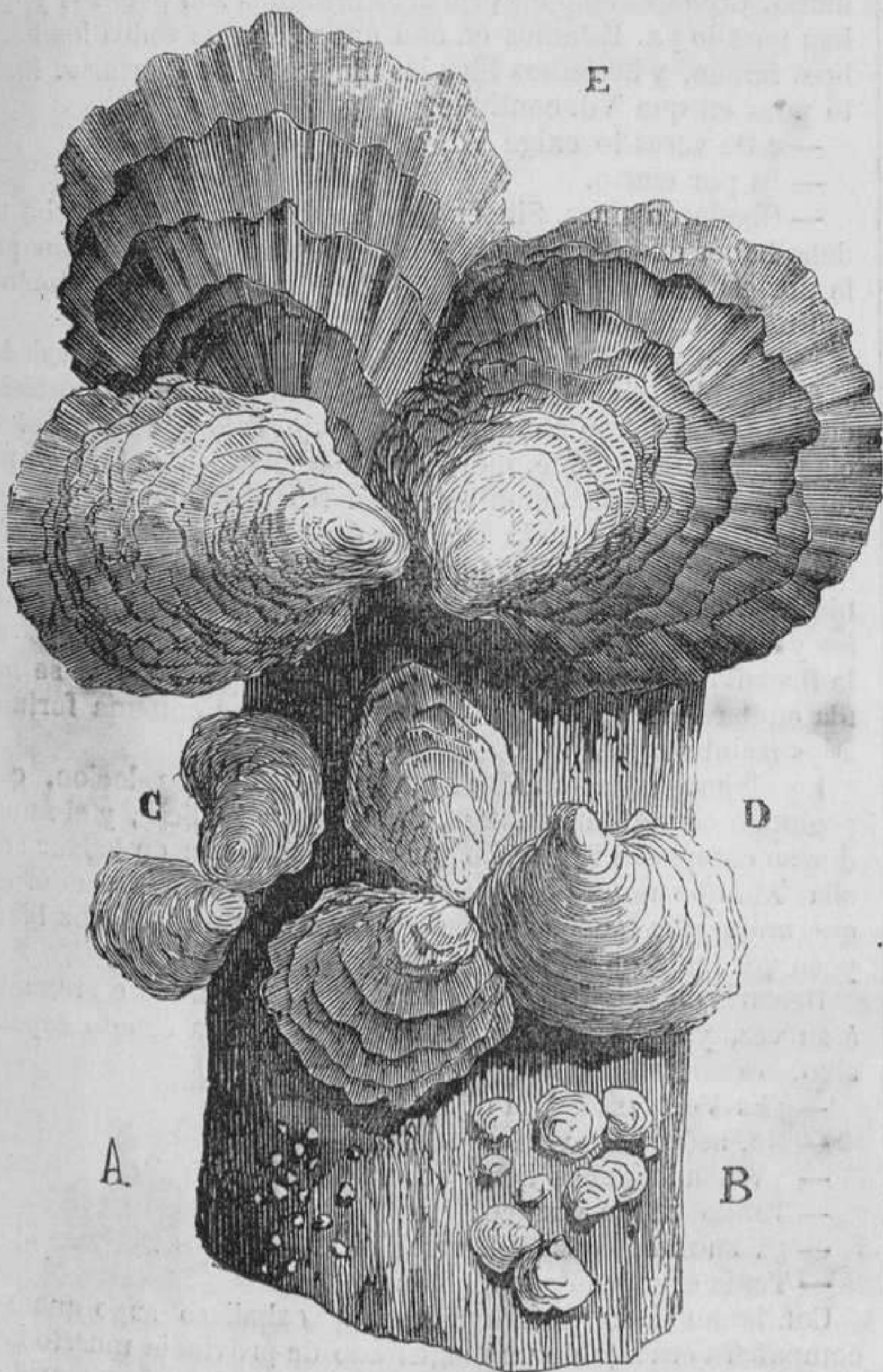
Aquí las borrascas que á veces levantan con violencia las olas de la bahía, la velocidad de las corrientes y sobre todo las necesidades de la navegación hacían imposible lo que se practica en el Fusaro desde tiempo inmemorial. Bancos artificiales como los que se han

Pero no bastaba haberlas colocado en las condiciones mas favorables para su multiplicación, sino que era preciso para realizar lo que la experiencia se proponía, organizar en su derredor medios prontos para recoger la primogenitura que debían dar las ostras madres, pues para la mayor parte de ellas habia llegado ese tiempo.

La época de la freza ó desove para ese molusco comienza ordinariamente en mayo y se prolonga hasta fines de setiembre. Durante ese largo período se encuentran ostras que llevan su incubación en huevos entre la tela y esas hojas conocidas con el nombre de *barby*.

Ligados juntos por una materia mucosa esos huevos forman una masa que por su consistencia y su color se parece á la nata espesa; así es que las llaman por analogía *ostras lechosas*.

Pero el color característico de los huevos acabados de poner, pasa poco á poco del blanco lechero al amarillo claro, luego al amarillento oscuro, y concluye por degenerar en gris oscuro ó en gris violado muy pronunciado. La masa total ofrece entonces el aspecto de un barro compacto, y ese estado es el

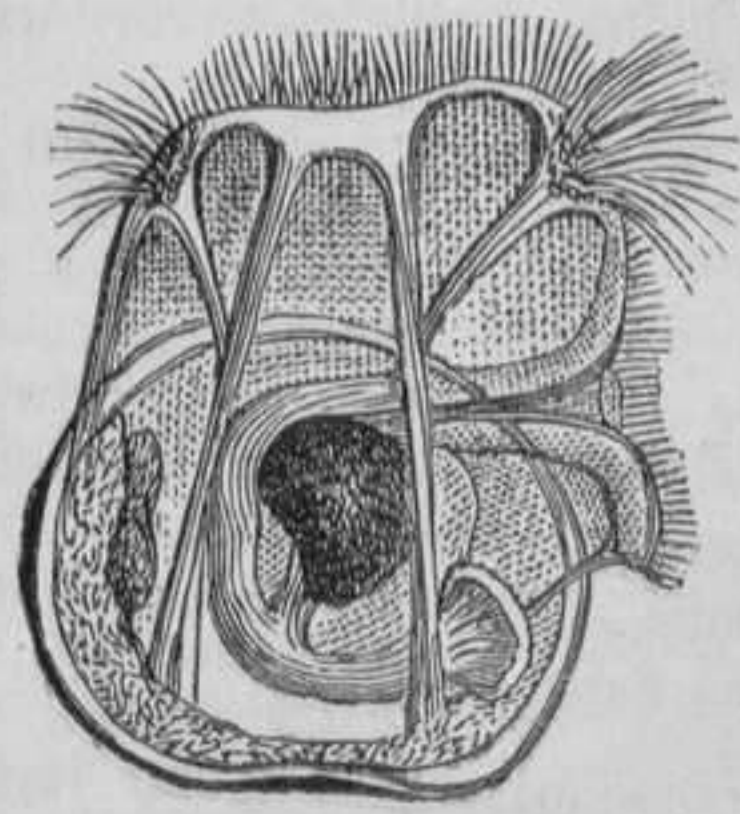


OSTRAS DE DIFERENTE TIEMPO: A. Diez días después del nacimiento. — B. De 30 á 35 días. — C. De tres meses. — D. De seis meses. — E. De un año.



CONCHA CUBIERTA DE JÓVENES OSTRAS recogida en uno de los bancos artificiales.

indicio de la próxima expulsión de los embriones y de su existencia independiente. Con efecto, en breve



Ostra libre á su nacimiento aumentada 100 veces.

la madre arroja á los recién nacidos en su seno, del que salen provistos de un aparato de natación, á cuyo beneficio vagan por las aguas y se esparcen á lo lejos para ir en busca de un cuerpo sólido, con el cual contraen las adherencias que necesitan.

El número de recién nacidos expulsados así por cada ostra madre no se eleva á menos de uno á dos millones. Pero en el estado natural pocos de ellos prosperan. Los

que andan errantes á millares sin hallar un cuerpo sólido á que poder fijarse, no tardan en ser presa de los animales inferiores que se alimentan de infusiones, ó si se libertan de ese enemigo natural, es para ser llevados por las corrientes á puntos impropios para su desarrollo ó para caer en fondos fangosos donde perecen sofocados.

En la creación de las ostras de la bahía de Saint-Brieuc se han querido evitar esas pérdidas inmensas, resultado que se ha obtenido por estos dos medios.

En los criaderos provistos ya de ostras reproductoras diseminaron á beneficio de una maniobra como la de la siembra cosechas de moluscos un poco voluminosos. Este primer artificio al multiplicar las superficies sólidas de los fondos fertilizados, creaba muchos puntos de adherencia á las jóvenes ostras que caían en esos fondos, y así unos despojos hasta entonces inútiles se convertían en preciosos instrumentos de cosecha.

El segundo artificio que recuerda una de las prácticas del lago Fusaro, consistía en crear obstáculos que al atenuar las corrientes submarinas, cuya acción demasiado violenta habría dispersado á lo lejos las generaciones nuevas, fuesen propios también para fijar esas generaciones. Llenaron estas condiciones unas faginas de cuatro á cinco metros de largas, formadas con ramas fuertemente atadas por en medio con una cuerda que M. Coste propone reemplazar con cadenas de hierro galvanizado. Estas faginas, verdaderos colectores de semilla, con un peso de quince á veinte kilogramos, fueron bajadas por hombres revestidos de un escafandro, y colocadas de distancia en distancia á través de cada criadero, de modo que formaran una serie de pequeñas presas de 30 á 40 centímetros de elevación.

Tales son los procedimientos y los artificios que devolverán su antigua fertilidad á la bahía de St-Brieuc. Las operaciones para poblar de nuevo esta bahía se terminaron á fines de abril último, y el 23 de octubre, es decir, seis meses después, queriendo darse cuenta M. Coste de los resultados de la experiencia, mandaba rastrear las zonas sembradas y levantar las faginas, y podía convencerse del buen éxito de su empresa.

«Las ostras madres, dice en su informe al emperador, con que se habían empedrado los fondos, todo lo que sacaba la barredora estaba cargado de ostras; nunca Cancalle ni Granville en el apogeo de su prosperidad ofrecieron el espectáculo de una producción semejante. Las faginas estaban plagadas de grupos de ostras con tanta profusión como la que se ve en las flores de los árboles frutales en la primavera.

En prueba de semejante fertilidad, añade M. Coste; he hecho trasportar á Paris con muestras sacadas de cada lecho, uno de esos aparatos colectores, á fin de que V. M. juzgue por sí misma la extensión de riquezas, de las cuales esas muestras y esa fagina son elocuentes testimonios. Las jóvenes ostras que las cubren tienen ya de 2 á 3 centímetros. Por consiguiente, estos son frutos que solo han de madurar para formar en diez y ocho meses una cosecha inmensa. Hay hasta 20,000 ostras en una fagina que no ocupa dentro del agua mas espacio que una gavilla de trigo en el campo. Ahora es preciso saber que 20,000 ostras, cuando han llegado al estado comestible, representan un valor de 400 francos, pues su precio corriente es de 20 francos el mil compradas en el punto de pesca. La renta de esta industria sería por lo tanto inagotable, puesto que se pueden sumergir tantos aparatos colectores de semilla como se quiera, y que cada ostra adulta que forma parte de un lecho no produce menos de dos á tres millones de embriones. El golfo de Saint-Brieuc se transformará por consiguiente en un verdadero depósito, si por la unión de los bancos ya creados se les convierte en un vasto campo de producción.»

Animado con este gran resultado, M. Coste se propone en menos de tres años hacer producir una extensión de 12,000 hectáreas. Bastaría un crédito anual de 10,000 francos para la especie de desmonte submarino que M. Coste se propone emprender. Finalmente, el autor quisiera contar con el concurso del gobierno para el desenvolvimiento casi indefinido de esta fecunda industria.

«En suma, Señor, prosigue M. Coste, el experimento practicado en la bahía de Saint-Brieuc es demasiado decisivo para poder cerrar los ojos ante la evidencia de su lección. Este ensayo, con su brillante resultado, prueba que por todas partes donde el fondo está cubierto de las invasiones cenagosas, la industria guiada por la ciencia, puede crear en el seno de los mares fertilizados con el auxilio de sus cuidados, cosechas mas abundantes que las que le da la tierra. En vista de esto me impongo el deber de proponer á V. M. que se sirva ordenar la repoblación inmediata de todo nuestro litoral, así del Mediterráneo como del Océano, el de la Argelia como el de Córcega, sin exceptuar de esta medida los lagos salados del Mediodía de la Francia, cuyos frutos harán multiplicándose la riqueza de las poblaciones pobres que habitan en el litoral.

Sin embargo, para que estas operaciones no se vean interrumpidas por ningún obstáculo, es necesario que se destine á esta empresa exclusivamente un vapor de hélice, de gran velocidad y de corto calado, buque que en las épocas de las puestas me esté permitido dirigir á medida de mi deseo, desde las regiones setentrionales á los trópicos, hácia todos los centros de esos grandes fenómenos de reproducción natural donde la ciencia promete revelaciones preciosas á la industria.»

M. Coste propone por último para el mando de este buque al capitán de fragata M. Isidoro Le Roy; y pide se le permita llevar desde luego á este oficial al colegio de Francia á fin de prepararle para esta gran tentativa que tiene por objeto el cultivo del mar.

Revista de París.

Segun anuncia un periódico belga, á fines de febrero ó á principios de marzo tendrá lugar en casa de Rossini una función teatral que debe producir mucha sensación en todo el mundo: esa función es nada menos que una opereta nueva que acaba de componer el ilustre autor del «Barbero de Sevilla.»

El argumento de ella está sacado de un cuento maravilloso. Dos caballeros de industria hijos de Paris llegaron á la India y se encuentran en los dominios de un rey de Uda ó de Cachemira. Se presentan como tejedores maravillosos, y anuncian que saben fabricar con oro, piedras, plata, seda y lana una tela milagrosa dotada de la propiedad singular de ser invisible á los ojos de los necios.

El rey les entrega inmediatamente una gran cantidad de diamantes y perlas con la seda y el oro que ellos piden, y los dos bribones se ponen á la obra.

Al cabo de dos meses les preguntan:

- ¿Cómo va el trabajo?
- Muy adelantado, responden ellos; pronto se acabará.
- ¿Cuándo?
- Dentro de ocho días.

El primer ministro desea ver la tela en el telar, y los tejedores le contestan que su visita honrará mucho su humilde morada.

Efectivamente, el ministro acude á verlos, y los encuentra muy ocupados en tejer la tela. A su lado tienen los materiales suntuosos que les ha suministrado el rey; de tiempo en tiempo toman seda y puñados de pedrerías... pero en el telar no se ve nada. Por mas que el ministro abre los ojos, no descubre la menor señal de la famosa tela.

¡Si será un necio!

El ministro puede hacerse á sí mismo esta confesión, pero ningún hombre debe saber la verdad. Si declara que no ve nada, ya tiene hecha su reputación de tonto.

Haciendo estas reflexiones, el ministro resuelve extasiarse en la contemplación de la tela maravillosa. Pondera el dibujo y el colorido de las flores; da rienda suelta á su admiración por la armonía de los matices, la finura del tejido, la fecundidad de los arabescos; por último, sin poder contenerse mas, abraza á los tejedores, y corre á palacio á ver al rey, poseído de un entusiasmo sin límites.

La relación del visir infunde al monarca un deseo irresistible de ver la tela, y al punto se dirige con toda su corte á casa de los tejedores.

¡Terrible sorpresa! El monarca no ve nada.

¿Cómo puede ser eso? El hijo del sol, la luz de las luces, aquel bajo cuyos pasos nacen rosas, aquel en cuya presencia se conmueve la naturaleza toda, el sultan, el rey de los reyes, el hijo de Alá no ve nada, ¡es un necio!... ¿Y habrá de confesarlo ante toda su corte? Imposible.

Y el sultan se extasia como se había extasiado el ministro, y todo el mundo sigue el ejemplo del sultan.

Aquello se convierte en un concierto de elogios, en un coro de acción de gracias: los dos tejedores son los genios de su arte.

Así sucede que les pagan con generosidad. Les hacen nuevos pedidos; en suma, al cabo de poco tiempo todo el mundo en la corte lleva aquella tela invisible; los mercaderes la compran y la venden, los sastres la cortan, las costureras la cosen, y los señores la ostentan por todas partes.

Nadie lo ve, pero todos fingen verla.

Un solo hombre, el dervis Abul-Hassan confiesa que no ve nada. ¡Infeliz! Todo el mundo clama contra él; Abul-Hassan pasa por un tonto; se desacredita completamente y es arrojado del reino.

Tal es el argumento. Su idea es preciosa; esa tela invisible es la poesía que todos suponen hoy en sus gustos, que todos aparentan comprender para darse tono, y que únicamente comprenden aquellos que son considerados como locos en la sociedad y á quienes se trata como á párias.

El poner en escena en un salón esta fantasmagoría invisible es cosa muy sencilla. Sin embargo, hay una maravilla verdadera, y es la música de Rossini; los que asisten á los ensayos aseguran que esa opereta, hecha de broma y con indiferencia por el gran compositor, es una obra maestra de gracia y de alegría juvenil que parece escrita en los tiempos en que se dió á conocer Rossini.

M. E. Guinot cuenta en su última crónica de la semana un lance original que ha tenido lugar en el ferro-carril del Este.

Era en el tren express que sale por la mañana de Paris con dirección á Estrasburgo. Un caballero se hallaba solo en un co-

che de primera clase en el momento en que el convoy estaba para salir, y ya se felicitaba de la casualidad de estar solo para poder encender un cigarro, cuando se abrió la portezuela y entró una señora.

El caballero no pudo menos de hacer un gesto significativo que manifestaba la contrariedad de aquella compañía.

La señora lo notó, y quizá habría cambiado de coche; pero en el mismo instante el convoy se puso en marcha.

El fumador se guardó el cigarro que había sacado ya, aunque no sin murmurar un poco.

Este viajero podría tener unos treinta y cinco años; su físico era agradable y vestía elegantemente; no se habría podido dudar que era un hombre de buen tono, si el poco imperio que tenía sobre sí y la mala acogida que había dispensado á la señora no hubieran acreditado la opinión contraria.

Un hombre bien educado habría sabido disimular su enfado.

Después de haber continuado sus demostraciones impacientes, el fumador arrastrado por el violento deseo de encender su cigarro, dirigió la palabra á la señora y la dijo con un tono agríndole:

— ¿Extrañaria Vd. que la pidiera permiso para fumar?

— No, señor, respondió la dama con mucha cortesía.

Y después de hacer una pausa añadió:

— No me opongo á que Vd. fume.

— ¡Oh! mil gracias, exclamó el viajero rebosando de júbilo. ¡Qué fortuna la mía! No me he encontrado con una de esas zalamerías hipócritas que suponen no pueden soportar el olor del tabaco. Es Vd. una mujer encantadora.

Esta lisonja dicha con tanta franqueza hizo sonreír á la dama.

El caballero sacó su petaca y encendió un hermoso cigarro.

En breve el coche se comenzó á llenar de humo. La señora resistió en los primeros momentos, pero luego se puso pálida, y á pesar de los esfuerzos que hacía, no pudo sofocar la tos que en ella provocaba el humo.

El fumador nada observó al pronto, tan sumergido se hallaba en las delicias del humo de su tabaco.

Pero al cabo la tos resonó mas fuerte, y entonces saliendo de su éxtasis preguntó:

— ¿Qué tiene Vd., señora?

— Nada, no es nada.

— Sí, sí, se ha puesto Vd. pálida; ¿se siente Vd. indispuesta?

— Un poco... pero pasará.

— ¿Quizá la incomoda á Vd. el humo del tabaco?

— Confieso que así es.

— No obstante, Vd. me dió permiso para fumar.

— Le vi á Vd. tan descontento cuando entré en el coche, que no he querido privar á Vd. de ese gusto.

— ¡Cuánta bondad! Yo soy impolítico con Vd., y Vd. se sacrifica por agradarme.

— Desgraciadamente, continuó la señora sonriéndose, mis fuerzas no han sido superiores á mi deseo de no parecerme á las zalamerías hipócritas que no pueden soportar el humo del tabaco.

El caballero repuso sonrojándose:

— Crea Vd. que deploro mi grosería, y que me parece usted la mas complaciente de todas las señoras.

Y al decir esto abrió el cristal é hizo un movimiento para arrojar su cigarro.

— No, dijo la viajera; continúe Vd. fumando. No es una complacencia por mi parte, es un favor que le pido á usted, porque quisiera vencer mi naturaleza y acostumbrarme á ese humo. Creo que solo los primeros instantes son penosos y que han pasado ya. Estamos en una época en que todos los hombres fuman, y haríamos bien las mujeres en soportarlo. Insisto pues en que Vd. continúe.

— ¿De veras lo exige Vd.?

— Sí por cierto.

— Obedezco pues. Sin embargo, en la primera prueba no debe haber exceso. Fumaré despacio y arrojaré el humo por la portezuela. Luego una distracción hará que el experimento sea mas fácil; conversaremos si Vd. gusta.

— Sí, señor; además me parece que ya hemos principiado.

El fumador siguió pidiendo perdones por su descortesía, cuando apareció su compañera de viaje. Dijo que toda violencia le era insoportable, que le gustaba vivir á su antojo, y que no era hombre de cumplimientos. No disimulaba jamás sus impresiones, sobre todo cuando eran malas. Esto dependía de la vida que había llevado siempre; hasta entonces se había visto libre y solo, entregado á sus ocupaciones comerciales y corriendo el mundo por sus negocios. Había nacido en la Bretaña; á catorce años huérfano de padre y madre se había embarcado para América, y había vuelto con una fortuna á los treinta y cinco.

La viajera interrumpió repetidas veces esta relación, que prolongó con observaciones, preguntas y réplicas, y el fumador se complacía lo mismo en escucharla que en hablar con ella. Aunque no era hermosa, tenía una fisonomía candorosa que anunciaba mucha bondad de alma. Además hablaba bien, y su voz tenía un tono penetrante.

Después de haber contado su historia, el caballero preguntó á su vez, y se mostró tan curioso como había estado expansivo.

— ¿Es Vd. casada? la dijo.

— No, señor, soy viuda.

— ¡Viuda! Apenas tiene Vd. veinte años.

— Tengo veinte y cinco.

— ¿Y su marido de Vd. era joven?

— Tenía el doble de mi edad.

Continuando su interrogatorio, el caballero supo que su compañera era hija de un magistrado de provincia muerto hacia dos años. Por la misma época había perdido á su marido, médico en Paris, y había quedado sin hijos.

— ¿Habita Vd. en Paris? prosiguió el curioso.

— Vivi en él los tres años que duró mi matrimonio, y acabo de dejarle sin duda para siempre.

— ¿Adónde va Vd.?

— A Nancy.

— ¿Y con qué motivo?

La dama se sonrió con la indiscreción, pero sin embargo dió esta respuesta:

— Debo presentarme en una casa donde entraré de institutriz.

— ¡Cómo! ¿Es Vd. pobre?

Otra quizá se habría ofendido con la pregunta; pero ella respondió sencillamente:

— Mi padre no tenía más que su sueldo de magistrado, y mi marido era un hombre generoso y caritativo, de modo que me han dejado sin nada.

A estas palabras siguió un momento de silencio; el fumador que no fumaba ya, exclamó:

— ¿Y le gusta á Vd. la profesion de institutriz?

— Sí, señor; es honrosa y me es necesaria.

— Pues no vaya Vd. á Nancy; yo tengo un discípulo que proponer á Vd. y ese discípulo soy yo.

— ¿Es una chanza?

— No, señora; hablo muy de veras; estoy muy mal educado, ya lo ha visto Vd.; pero el hombre se puede corregir á cualquiera edad si tiene buena voluntad y una persona que le lleve por el buen camino. ¿Quiere Vd. ser esa persona? Yo iba á Estrasburgo á ver á la única parienta que me queda, una prima anciana establecida allí, con ánimo de pedirle que me busque una mujer, pues estoy cansado de vivir solo. Pero ya no necesito de ella para casarme, pues he encontrado la mujer que me conviene. Tome Vd. informes, acostúmbrese Vd. á mi fisonomía y á mi carácter, y sobre todo al humo del tabaco, añadió alegremente, y dentro de un mes me dará usted la respuesta.

La historia concluye como las comedias con un casamiento. La dama es dichosa y rica; todo por haber soportado el humo del tabaco.

Vamos á concluir con las siguientes curiosas noticias acerca de las sumas producidas por varias de las piezas representadas en 1838 en los teatros de París.

El teatro que en un mes pagó una cantidad mayor por derechos de autor fué el de la Puerta de San Martín, que en octubre distribuyó 18,783 fr., que representan ingresos por valor de 150,000 fr., ó sean por término medio 5,000 fr. por noche. M. Dennery, autor del «Fausto», recibió en tres meses 42,006 fr. En el mismo mes, los autores de «Las píldoras del Diablo» recibieron 10,737 fr., que representan ingresos por valor de 134,000, ó sean por término medio 4,000 fr. cada noche. El teatro de Variedades pagó á varios autores 35,000 fr., correspondientes á los meses de setiembre, octubre y noviembre, por la pieza *les Bibelots du Diable*, la cual produjo al teatro una suma de 300,000 fr.

Grande es la diferencia entre los derechos que se pagan hoy y los que se pagaban durante el primer imperio. En 1810 ó 1811 «la Gata maravillosa» de MM. Desaugier y Gentil, llevó á todo París al teatro de Variedades, entonces bajo la dirección de Brunet. Las entradas produjeron más noches con otras 3,600 fr., y los derechos de los autores eran de 24 francos por cada pieza. *Le roman d'un jeune homme pauvre* valió á M. Octavio Feuillet en el mes de diciembre de 1838 13,744 francos. Esta suma representa entradas por una cantidad de 114,470 francos, ó sean 3,683 fr. cada noche por término medio.

Después del teatro de la Puerta de San Martín, el que más ha pagado por derechos de autores es el de la Opera Cómica; en enero de 1838 entregó la suma de 15,358 fr., y de 16,167 francos en febrero. En 1837 la cantidad total recibida por los autores, ascendió á 993,621 fr., y á 1.025,137 fr. en 1838, resultando un aumento de 32,316 fr. en favor del último año.

MARIANO URRABIETA.

GONZALO DE OYON

POEMA

POR DON JULIO ARBOLEDA.

(Continuación.)

Hay en el corazón de la montaña
Raudal torrente, que de breña en breña,
De una cima á otra cima se despeña,
Y como en un sepulcro va á correr.
Ronco rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedregones,
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden
Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Véase relampaguear la catarata
Cuando en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,
Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor:
El águila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida;
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole impávido el condor.

En la inferior region, el triste buho
Cual vision vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hácia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina
Del noble potro la carrera audaz.

Alzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do por senda torcida se derrama
La arena, y forma un vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbite al potro en la pendiente para,
Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja
Su lengua sombra en la pardusca roca,
Véase mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.
Mas luego con desden suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,
Y con la mano trémula de ira
A ese cielo parece amenazar.

¡Qué tentación sacrilega le asalta!
¡Cuántos días se apiñan de amargura!
¡Cuánta ponzoña en ese instante apura!
¡Cuántos se pintan años de aflicción!
La venganza tal vez vino á llamarle,
Al ver su honor á la merced de un hombre,
¡Ay! y al sentir caer sobre su nombre
Infamia eterna, eterna maldición.

O algun genio satánico, evocando
Sus pasados recuerdos y tormentos,
Dió formas y sarcásticos acentos
A los delirios hondos del amor.
Y hablaba el infeliz, y con la diestra
Algo de sus oídos sacudia,
Y golpeándose el hombro, pretendía
Desechar algun peso abrumador.

— ¡Sal, decía, fantasma de mis ojos!
¡Dejad fieros sonidos mis oídos!
¡Ah! pero ese fantasma, esos sonidos
No me pueden dejar: los llevo aquí;
Aquí, en la frente, en una venda estrecha
Está todo eso, y más, y más escrito,
Y es de fuego la venda; y ni el delito
¡Oh! ni el delito quema tanto así.

La sonrisa en tu rostro, Benalcázar,
Del orgullo triunfante se eterniza...
¡Ah! ¡Cómo punza, y cómo martiriza!
¡Mata, y deja por Dios de sonreír!...
¡No hables así, Fernando!... ¡Calla, calla!...
¡No!... no era él; pero ese fué el sonido:
Se ha quedado zumbándome al oído
El eco que se goza en repetir;

Y este eco de tormento me persigue,
Sobre mis hombros siéntase burlando,
Y está aquí eterno, eterno remedando
La voz de mi sacrilego opresor:
Pubenza iba á ser tuya, pero es mía,
Dijo el eco satánico, y ahora
Me grita con su voz atronadora:
¡Traidor! ¡Siempre traidor! ¡traidor! — Traidor.

¡Ah! ¿Dónde estás, tirano infame, dónde?...
Allí... con ella... Vamos... Con mis brazos
El corazón te arrancaré á pedazos,
Y arderé tu sacrilega ciudad...
¡Venganza!... No: que España es inocente...
Y si el poder del rey acá no alcanza...
Es por eso mayor su confianza
Y mayor debe serlo mi lealtad.»

Dice, y como sintiendo la demora
Y delirante, al alazan anima,
Que rápido partiendo, por la cima
Despeña los guijarros de tropel;
Y de arena entre el pardo remolino
A saltos y acezando el risco escala,
Y cual vision que ante la luz se exhala,
Dobla la senda y piérdese con él...

¡Mas vedle allí! ¡Que ya otra vez asoma
Dominando el altísimo peñasco!
¡Oh! ¡cuál relumbra el argentado casco
Sobre el manto de negro vellorí!
¡Adios, adios! ¡qué rápido galopa
El corcel empujando hácia el abismo!
¡Adios, adios! ¡que en un instante mismo
Muerte y alivio va á buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
Contempla ufano el vértice profundo

De la cima espantosa, do iracundo
Hierve el torrente en turbio borbotón.
«¡A morir!» grita en éxtasis demente;
Pero ante el borde, que á su peso cede,
El caballo espantado retrocede
Sordo á la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembra de piés y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hácia el peligro suelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brota de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos,
«¡Oh! ¡Mil veces cobarde y maldecido
(Exclama el castellano enfurecido)
Quieras ó no, conmigo morirás!»
Y al acero llevando la impia diestra
Va á desnudarle, el alazan lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pié, ya en la mano,
En corcovos listisimos se mueve;
No hay posición que rápido no pruebe;
Siempre en el aire estremecido va:
Contra la roca, el pedregón, el tronco,
Se azota, y se alza, y clávase, y palpita,
Y bufa ronco, y la cerviz agita,
Mas siempre á plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo
Firme la planta, amargo sonreía,
Y con la diestra la cerviz le hería
Despreciando su vano frenesí...
Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura
Hunde el caballo, y se desploma, y rueda,
Y herido, opreso, ensangrentado queda
Bajo su peso, el caballero allí.

Rueda por largo trecho enmarañado
Entre el arzon y estribo maldiciendo;
Sordo retumba el monte al bronco estruendo,
Y húndese el mundo en sepulcral pavor.
Las alas leves el silencio extiende,
Sobre él desciende á guisa de fantasma,
Y acento, aliento y pensamiento pasma,
Ahogando entre la síncope el dolor.

¡Hele allí, bajo el manto de la noche!
¡Entre el ser y la nada suspendido!
¡Sin el corcel, que en libertad ha huído!
¡Con vida! ¡no ha podido ni morir!
¡Sin orgullo! ¡que el alma está marchita!
¡Sin descanso! en desmayo solamente,
Que no descansa quien dolor no siente,
Sin morir, sin pensar, y sin vivir.

Entre diáfanas nubes columpiada
La luna solitaria, reverbera
Como la blanca virgen prisionera
Al través de la reja del haren.
Los juguetones céfiros suaves
La cubren luego con flotante velo
De móvil gasa, que el cristal del cielo
Va empañando con trémulo vaiven.

Desparece su disco lentamente
Entre nieblas sin formas ni colores,
Y muertos sus postreros resplandores
Se condensa do quier la oscuridad.
Ya de luz vaga entre las turbias olas
El hondo espacio apenas se columbra,
Cual tras del tiempo el corazón vislumbra,
Sin principio, sin fin, la eternidad.

Y ora las nubes, que amontona el cierzo,
De aquí, de allí, se buscan y se hallan,
Se apiñan, se condensan y amurallan,
Negras, cielos y tierra en derredor.
Recoge entre sus alas tenebrosas
La noche al mundo; crujen con estruendo
En el monte los árboles, cediendo
Al ímpetu del viento zumbador.

Y reina luego la presaga calma
Que asume la tormenta pavorosa
Cuando en quietud solemne se reposa,
Cual queriendo sus iras concentrar,
Y el aterrado mundo aguarda el rayo,
Como en silencio el botafuego ardiente,
Aguardan el combate frente á frente
Dos escuadras tendidas sobre el mar.

(Se continuará.)

RECEPCION

del contra-almirante Baudin

EN LA GUYANA HOLANDESA.

M. T. Bray, autor del dibujo que publicamos en esta página, escribe lo siguiente con fecha 18 de diciembre de 1858.

«La ciudad de Paramaibo, tan tranquila siempre, se puso en movimiento el 23 de noviembre último con la visita del contra-almirante Baudin, gobernador de la Guyana francesa. El dibujo que acompaña representa el desembarco de S. E.

Eran las once menos cuarto cuando el vapor el *Daim*, en donde se hallaba el almirante, fondeó delante de la rada. Un edecan del gobernador de Surinam pasó al instante á bordo á felicitar al recién llegado y preguntarle á qué hora le convendría ir á tierra. Por la vista de la muchedumbre que había en el desembarcadero, M. Baudin comprendió que su aparición se celebraba como una fiesta, y á las once en punto ponía el pié en el territorio de la Guyana holandesa. Por una atención muy delicada de nuestro gobernador el general Schimpff, el contra-almirante fué trasportado con su comitiva en un tent-boot, barco de Surinam con ocho remos. Las autoridades locales recibieron á los ilustres visitantes en el desembarcadero, y los llevaron al gobierno donde el general Schimpff y su señora, rodeados de todas las personas notables de la ciudad, los acogieron con la amabilidad que les distingue.

No entraré en los pormenores de las fiestas que tuvieron lugar en honor del contra-almirante; fueron en Surinam lo que son en Europa para la recepcion de los grandes personajes.

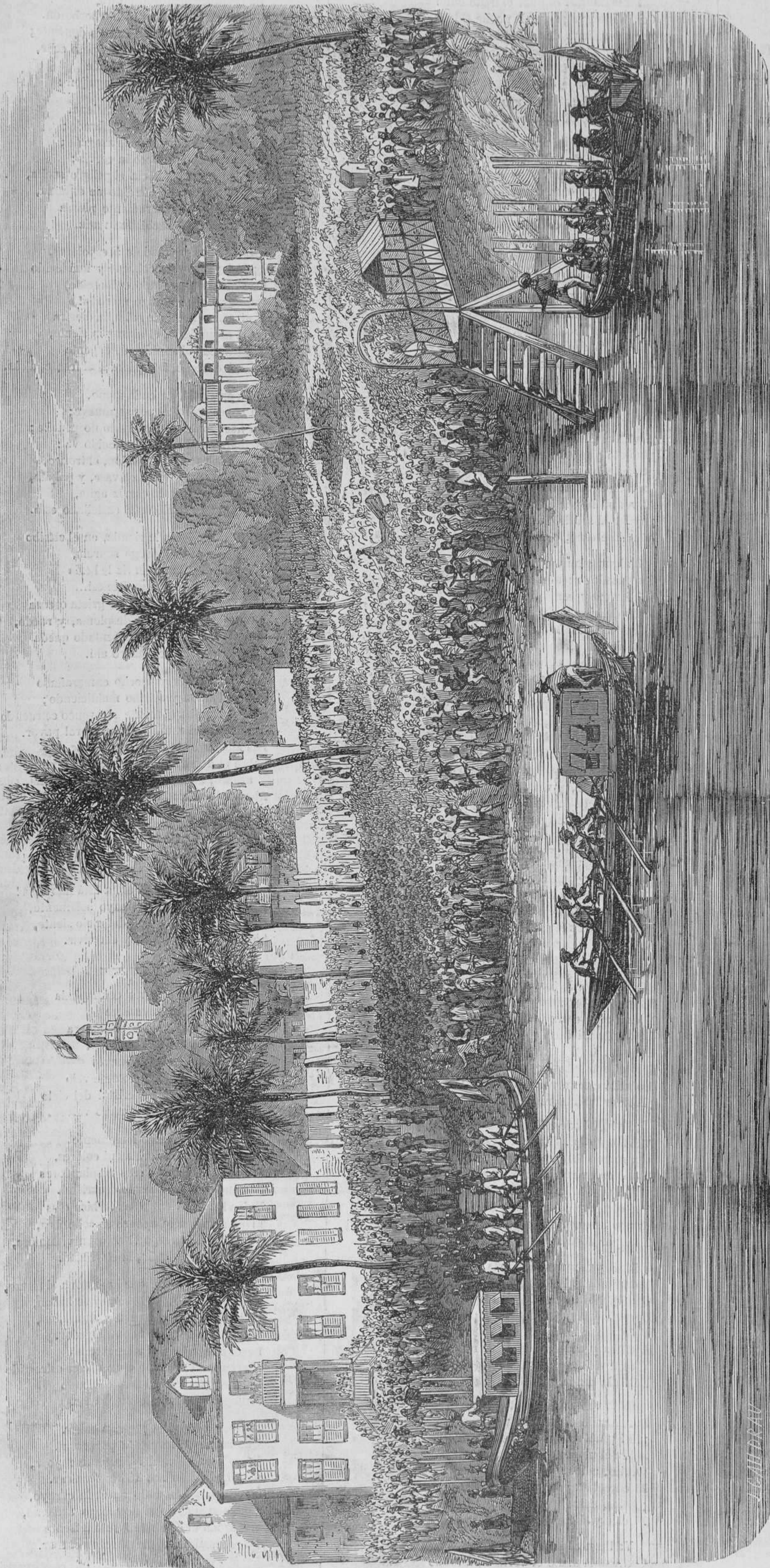
Su Excelencia permaneció en la ciudad hasta el 2 de diciembre. — En la mañana de este día salió de Surinam, dejando en el corazon de los hombres el sentimiento de una marcha tan precipitada, y en el de las señoras el pesar de no haber podido asistir á todos los bailes que estaban anunciados. No hubo mas que siete; casi ninguno para nuestras hermosas criollas.»

T. B.

Conclusion del ferro-carril del Cairo á Suez.

El ferro-carril del Cairo á Suez está terminado. Esta empresa, que hace mucho honor al virey que la ha ordenado y á M. Mouchelet, ingeniero francés, que la ha dirigido y llevado á buen término, se concibió y se ejecutó en condiciones excepcionales. Tratábase en efecto, no solo de atravesar cerca de 200 kilómetros por un desierto muy desigual, es decir, de llanuras de arena y de montañas totalmente privadas de vegetacion, sino tambien de mantener almacenes considerables y alimentar una poblacion de obreros. ¿No era esta una obra extraña y curiosa? El ferro-carril de Suez es seguramente una de las maravillas de la civilizacion. No hace un tercio de siglo que un par de caravanas nada mas atravesaban cada año las llanuras arenosas que separan el Cairo de Suez, y era preciso que fuesen numerosas y estuviesen bien armadas para defenderse contra los ataques de los beduinos, dueños y terror del pais. Gracias á las enérgicas medidas tomadas por Mehemet-Alí, el camino es cada día mas seguro, y negociantes y viajeros pueden, con ayuda de los dromedarios, hacer el camino con toda seguridad en tres ó cuatro días.

Cuando hace unos quince años establecieron los ingleses el servicio de la mala de la India por el Egipto, instalaron un servicio de carruajes que iban á Suez en diez y ocho ó veinte horas. Todo el mundo se quedó atónito con este progreso. Mas tarde hicieron una calzada en el camino y se ganaron algunas horas. El último tercio del trabajo tocaba á su fin, cuando S. A. Said bajó decretó el establecimiento del ferro-carril que pone en comunicacion el Cairo con Suez y con Alejandría, es decir, la via de union entre el Mediterráneo y el mar Rojo.



RECEPCION DEL CONTRA-ALMIRANTE BAUDIN, GOBERNADOR DE LA GUYANA FRANCESA, EN SURINAM.

LEONARDI

La distancia de Alejandría á Suez es de unos 350 kilómetros, y se atraviesa no en cinco ó seis días como hace algunos años, sino en diez ó doce horas por los trenes ordinarios, y en cinco ó seis por los express. Por estas observaciones se puede juzgar si el Egipto se ha trasformado ó no en los últimos treinta años, y si ha sido arrastrado ó no de grado ó por fuerza en el movimiento de la moderna civilización.

El día 4 de diciembre entró en Suez la primera locomotora procedente del Cairo en medio del concurso de una población curiosa y atónita con lo que veía. En la mañana siguiente, los viajeros, la mala y las mercancías con destino á Calcuta, podían marchar directamente de Alejandría á Suez, é inauguraban la nueva línea que los ingleses llaman ya el *Overland-Railway* de su camino de la India.

El ferrocarril de Suez tiene 140 kilómetros de largo total. La subida comienza á la salida del Cairo, y sigue una inclinación media de 1/400 hasta el punto culminante de la garganta de Awebet. Esta pendiente media, por las disposiciones del terreno, baja hasta cero sobre 1/3 del trayecto, y se eleva en los otros 2/3 hasta 1/200; en un kilómetro llega hasta 1/500.

La altura de las obras en esta parte del camino es ordinariamente de dos ó tres metros.

La segunda parte del camino (el tercio), de Awebet á Suez, presenta una inclinación general de 1/200, lo que ha exigido obras de terraplen considerables, y la abertura de una zanja en la roca de unos 50,000 metros cúbicos, operación hecha con minas, para bajar la pendiente general hasta el nivel que entra en el trazado por un quinto de la distancia repartido casi igualmente entre las pendientes, para aligerar el trabajo de las máquinas en su tracción ascendente.

La pendiente *maxima*, en esa cuesta del Awebet á Suez, llega á 1/140 sobre una cuarta parte de la distancia.

Dos estaciones en todo el trayecto del desierto abastecen de agua y carbon; además las máquinas destinadas al camino de Suez llevan un tender con 2,000 galones de agua (nueve toneladas y media).

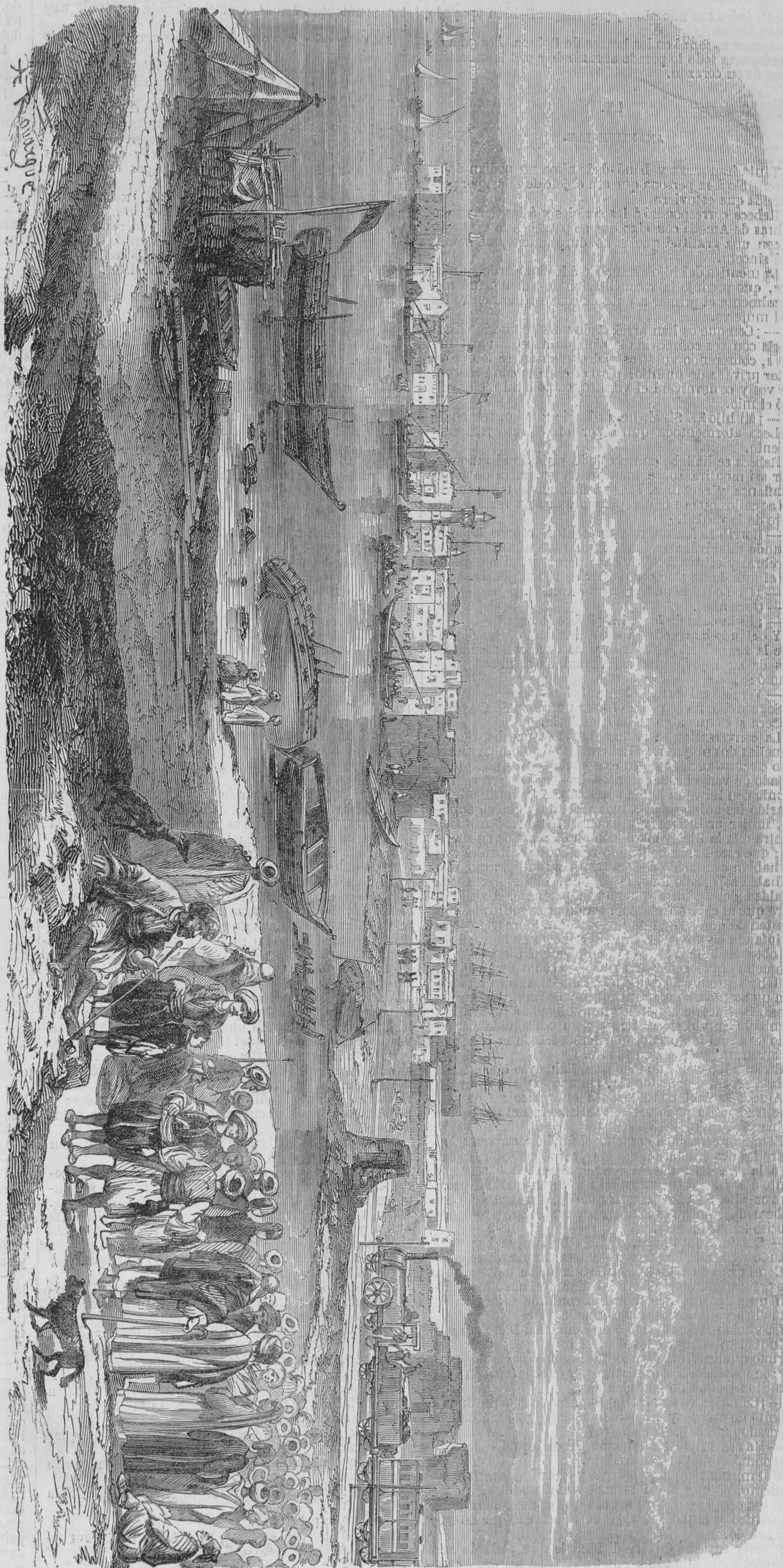
Un tren de agua diario es suficiente para abastecer las estaciones del desierto y de la ciudad de Suez, y un solo tren semanal alimenta de agua las veinte estaciones de cantoneros establecidos en el desierto para el cuidado de la vía.

Las salidas del Cairo para Suez (viajeros y mercancías) tienen lugar diariamente á las ocho de la mañana, y hay trenes especiales en número suficiente para el paso de la mala de la India y de la Australia; su salida de Suez ó de Alejandría se efectúa en conformidad á la llegada de los vapores.

El dibujo que damos representa la llegada del primer tren á la ciudad de Suez, y el sitio que ocupará la estación que se va á construir en las orillas del golfo Arábigo. La vista está tomada de lo alto de un cerro que se eleva al Norte cerca de la ciudad, formado, según la tradición, con las ruinas de la antigua Clisma.

E. B.

CONCLUSION DEL FERRO-CARRIL DEL CAIRO A SUEZ.



LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY.

(Continuación.)

Felizmente para ella los distinguió desde su guardilla donde estaba conversando y riendo con los dos estudiantes, á quienes despidió á toda prisa, ocupándose luego en ordenar un poco su vivienda antes de la llegada del dueño de la fonda que, sabiendo que mistress Osborne se hallaba en gran favor en la corte del gran duque, la hizo mil saludos y quiso acompañarla hasta la guardilla.

— Abrid la puerta si gustais, dijo el dueño de la fonda con mucha cortesía, llamando al cuarto de Rebeca.

— ¿Quién es? preguntó esta asomándose un poco; y luego lanzó un grito de sorpresa.

Tenia delante de sí á Amelia temblan-

do en todos sus miembros, y al mayor Dobbin apoyado en su baston.

Amelia se lanzó en los brazos de Rebeca. Acababa de perdonarla todo lo pasado abrazándola con toda la efusion de su corazon.

LX.

AMANTIUM IRE.

Tanta franqueza y bondad de alma no podian dejar insensible á la persona que era objeto de ellas, por perversidad que estuviera.

Rebeca correspondió á las caricias y á las tiernas palabras de Amelia con algo que se parecia á la gratitud, y con una gratitud que si no duró mucho, al menos fué sincera.

La mentira del hijo arrancado á los brazos de su madre, que produjo la reconciliacion de Amelia, fué naturalmente el primer asunto de conversacion entre las dos mujeres.

— ¡Con que os han arrebatado vuestro querido hijo! decia con voz conmovida la cándida Amelia. ¡Ah! Rebeca, comprendo vuestros padecimientos, sé lo que es estar privada de un hijo; pero el cielo se compadecerá de vos y os devolverá el vuestro, como á mí me devolvió el mio.

— ¡Mi hijo!... Sí, sí, he padecido mucho, respondió Rebeca atormentada quizá por un secreto remordimiento.

Rebeca se hallaba en un estado violento al amontonar así mentira sobre mentira en presencia de tanta confianza y sencillez. Tal es á menudo la triste suerte de aquellos que se han separado una sola vez del sendero de la verdad.

— Horribles fueron mis tormentos, repuso Rebeca, cuando me arrebataron mi hijo; tuve una congestion cerebral y estuve á la muerte; pero ¡ay! si me quedé en el mundo ha sido para sufrir en la indigencia.

— ¿Qué edad tiene? preguntó Amelia.

— Once años.

— ¡Es la edad de Jorge!... ¡Pobre Rebeca!

Y dejándose arrastrar á sus reflexiones ordinarias sobre la hermosura, el talento y las excelentes cualidades de su hijo que no tenia igual en el mundo, exclamó:

— Vereis á mi querido Jorge.

Segun ella no se podia ofrecer un consuelo mayor á Rebeca si es que algo podia consolarla.

La conversacion se prolongó mas de una hora entre aquellas dos mujeres, y Rebeca hizo á su amiga un relato circunstanciado de su existencia desde que habian dejado de verse hasta entonces. La contó que su matrimonio con Rawdon habia suscitado en la familia de su marido las animosidades mas violentas; que su cuñada, mujer artificiosa y apasionada, habia derramado contra ella la hiel y el veneno en el alma de su marido; que este habia contraído relaciones culpables que le habian conducido á separarse de su mujer; que ella lo habia soportado todo, la pobreza, el desprecio y la frialdad del hombre que amaba por amor á su hijo, pero que al cabo á consecuencia de graves ultrajes habia tenido que pedir una separacion... Su marido tuvo la infamia de proponerla que sacrificara su honra á fin de obtener de lord Steyne el empleo que á esa costa le prometia aquel señor tan poderoso como corrompido.

Rebeca pronunció esta parte dramática de su historia con un acento de pudor ultrajado y de indignacion virtuosa. Despues de aquel insulto, obligada á fugarse del domicilio conyugal, se habia visto perseguida por el odio de aquel monstruo, que habia tenido la crueldad de arrancar un hijo á su madre.

En suma, á causa de todo esto, Rebeca se encontraba pobre, errante, abandonada, sin apoyo y sin recursos.

Amelia sacó el pañuelo para enjugarse los ojos, y nuestra cónica pudo ver con satisfaccion el efecto que habia producido.

El mayor cansado de esperar el fin de la conversacion entre las dos amigas en aquel estrecho corredor, se bajó á la sala del billar, donde por acaso fué á sentarse junto á los dos estudiantes Max y Fritz, que hablaban en voz alta de una persona que Dobbin reconoció era Rebeca. Dijeron que iba á dar un concierto, y que era preciso tomar billetes.

— Esa infernal mujer, se decia Dobbin, está ya tramando alguna de las suyas, quisiera verla á mil leguas.

Con la cabeza apoyada en la mano, se entregaba á sus presentimientos y á sus inquietudes, cuando le dieron un golpecito en el hombro con una sombrilla, y alzando los ojos distinguió á Amelia.

La viuda poseía el secreto de someter á Dobbin á sus voluntades; siempre los débiles concluyen por hallar alguno que les sirve de víctima; ella le hacia ir y venir; le mandaba hacer encargos, y él obedecia con una sumision de que no hay ejemplo.

— ¡Cómo se entiende! le dijo Amelia con un movimiento de cabeza y un saludo irónico, ¿así me habeis esperado para bajar la escalera?

— Me era imposible estar de pié en aquel corredor, respondió el mayor con tristeza.

Y al mismo tiempo se levantó y ofreció su brazo muy contento, porque iba á salir de aquella atmósfera. Ni aun se acordó de pagar; así fué que el mozo le salió al encuentro y le pidió el valor de la cerveza que no habia bebido.

Amelia se echó á reir, diciéndole que huia de sus acreedores, que no sabia ella que dejaba así sus cuen-

tas pendientes. Jamás Amelia se habia mostrado mas alegre.

José esperaba con ansia á su hermana, y en cuanto la vió la dirigió esta pregunta.

— ¿Qué os ha parecido, mi querida Amelia?

— ¡Ay! respondió esta, mucho ha sufrido la infeliz.

— Yo lo creo, exclamó José.

— Podriamos darla un cuarto arriba, dijo Amelia.

— ¡Cómo! ¿quereis que habite la misma casa que vos? preguntó el mayor estremeciéndose.

— ¿Y porqué no? repuso Amelia con el aire mas cándido del mundo; no os enfadeis por eso, mayor Dobbin.

— Es cosa muy natural, querido mio, exclamó José.

— La pobre criatura ha padecido tanto, continuó Amelia; su banquero quiebra y desaparece; su marido, monstruo abominable, la abandona y la quita su hijo...

Y al decir esto Amelia mostraba el puño con una expresion amenazadora y resuelta, que entusiasmó al mayor.

— ¡No sé cómo vive! exclamó José.

— Dando lecciones de canto, dijo Amelia; ¿y tendriamos la crueldad de no traerla con nosotros?

— Tomad sus lecciones, pero no la recibais en vuestra casa, dijo el mayor con mucha animacion; os lo suplico, no la recibais.

— No os comprendo, William, repuso Amelia animándose tambien. Vos, que sois tan bueno y tan generoso, ¿quereis impedirnos que favorezcamos á esa desgraciada?... Es mi amiga mas antigua, y...

— No siempre ha sido vuestra amiga, Amelia, dijo el mayor.

La alusion era terrible; Amelia lanzó al mayor una mirada llena de dignidad.

— Está muy mal lo que habeis hecho, mayor Dobbin, le dijo.

Y al punto se retiró y fué á ocultar en su cuarto la ofensa de que se creia herida.

— ¡Ah! ¡cómo ha tenido la crueldad de recordarme lo que me ha hecho sufrir tanto! exclamó Amelia. Si yo lo hubiera olvidado, no debia él traerlo á mi memoria, no, seguramente.

Y al decir esto miraba el retrato de su marido.

Sumergida en esa contemplacion, pasó un gran rato, y se la figuraba que los ojos de aquella imagen querida tomaban una expresion de reconvenccion á ella, que se aumentaba cuanto mas contemplaba la pintura. Todos los antiguos recuerdos de su primer amor cruzaban por su mente, y su herida, apenas cicatrizada, se abria de nuevo y con dolores mas vivos.

Por último, la faltó el valor para soportar las reconvencciones que parecia dirigirla el retrato; era demasiado para sus fuerzas, era mas de lo que podia soportar su alma timorata.

¡Pobre William! una sola palabra ha destruido la obra de muchos años. El edificio trabajosamente levantado con tanta constancia se ha venido á tierra con una palabra; una sola palabra ha disipado sus esperanzas, y le arrebató un corazon conquistado con una vida entera de abnegacion y de afecto.

Aunque William pudo leer en los ojos de Amelia que estaba á punto de declararse una crisis, continuó suplicando á José que no diera asilo en su casa á Rebeca. Le repitió algunas palabras que habia oido á los estudiantes en el café y que no probaban mucho en favor de la virtud de Rebeca, y le habló largamente de todo lo pasado; pero José se mantuvo inflexible, y Rebeca entró en la casa.

A su entrada manifestó á José una gratitud tierna y respetuosa, y lanzó al mayor Dobbin una mirada cortés, pero recelosa, pues una voz secreta la decia que tenia un enemigo en aquel hombre.

Al oír á Rebeca, Amelia salió de su cuarto y dió un abrazo á su protegida con la mayor efusion. A Dobbin le miró encolerizada. Nunca quizá se habia pintado en el rostro de Amelia una expresion mas desdeñosa; y por motivos que ella conocia, queria que Dobbin notara su mal humor.

El mayor, mas indignado con esta injusticia que con su desgracia, se retiró saludando friamente.

Libre de su presencia, Amelia se entregó de todo corazon á sus accesos de ternura con su amiga, y se ocupó en instalarla en el cuarto que la habia destinado.

Cuando una persona de naturaleza débil y vacilante está á punto de cometer una injusticia, desea concluir cuanto antes. Amelia pensaba que habia dado una prueba de mucha firmeza manifestando su respeto por la memoria del capitán Osborne.

Jorge entró á la hora de comer, y halló cuatro cubiertos como de costumbre; pero en el puesto que ocupaba el mayor se encontraba una señora.

— ¿Y Dobbin? preguntó Jorge con el candor de su edad.

— Sin duda está convidado, le respondió su madre llevándole hácia ella y cubriéndole de besos.

Y despues de haber separado los cabellos que le caian sobre la frente, le presentó á mistress Crawley.

— Este es mi hijo, Rebeca.

Estas palabras en la boca de mistress Osborne querian decir:

— ¿A qué no hallais en todo el universo uno que se le parezca?

Rebeca miró al niño con admiracion y le estrechó la mano.

— Cómo se parece á...

La emocion cortó su frase, pero Amelia la comprendió como si la hubiese concluido.

La vista de Jorge la habia recordado su hijo idolatra-

do. Felizmente la alegría de haber encontrado una amiga ayudó á mistress Crawley á soportar el peso de este dolor, y comió con el mejor apetito.

Durante la comida, Rebeca tuvo ocasion de hablar repetidas veces, y Jorge la escuchaba y la miraba con una atencion particular.

Despues de los postres, Amelia salió á sus quehaceres. José se puso á roncar recorriendo las columnas del *Galignani*, y Jorge, sin levantarse de su asiento, continuó examinando á Rebeca como si quisiera reconocerla.

Al cabo exclamó diciendo:

— Apostaria que...

— ¿Qué apostariais? preguntó Rebeca riendo.

— Que sois la misma persona que ví ayer jugando.

— Silencio, niño, dijo Rebeca tomándole la mano y cubriéndola de besos; vuestro tío estaba tambien, y mamá no debe saberlo.

— ¡Oh! nada temais, repuso Jorge.

— Ya veis como nos hemos hecho buenos amigos, dijo Rebeca á Amelia que entraba en aquel momento.

Mistress Osborne habia tenido acierto en acordar la hospitalidad á Rebeca. William, trasportado de indignacion, aunque estaba muy lejos de sospechar la catástrofe que le amenazaba, comenzó á recorrer como un loco las calles de la ciudad hasta que encontró al secretario de la legacion inglesa, M. Tapeworm, quien le convidó á comer.

Dobbin se apresuró á pedir al diplomático algunos informes sobre una tal mistress Rawdon Crawley, que habia hecho en Londres mucho ruido, y Tapeworm, que se hallaba al corriente de estas cosas, dió al mayor todas las noticias que deseaba. Dobbin se quedó atónito al oír las historias de Tufto y de Steyne, y cuando él dijo que Rebeca habia pasado á vivir en casa de José Sedley, Tapeworm soltó una carcajada que acabó de dejar al mayor estupefacto.

Dobbin se quedó turbado é inquieto con lo que habia oido. Aquella misma mañana antes de la entrevista con Rebeca se habia resuelto que Amelia iria por la noche al baile de la corte.

El mayor, prometiéndose encontrarla allí para darla parte de todo lo que acababa de saber, se puso su uniforme y fué á palacio; pero por desgracia mistress Osborne no pareció, y ya era tarde para ir á visitarla. Dios sabe si Dobbin pudo aquella noche conciliar el sueño.

Al otro dia muy temprano mandó á su criado con un billete para mistress Osborne en el que la pedia una entrevista particular.

La contestacion fué que mistress Osborne estaba un poco indispueta, y no podia salir aquella mañana de su cuarto.

Cuando por la tarde el mayor obtuvo al fin el permiso para presentarse en su casa, en vez de la acogida cordial á que le tenia acostumbrado hacia mucho tiempo, no recibió de ella mas que un saludo frio y ceremonioso.

Rebeca, que se encontraba allí, se adelantó hácia Dobbin con una sonrisa cariñosa y le presentó la mano. Dobbin retiró la suya, dominado por una agitacion que se descubria en su rostro.

— Perdonadme, señora, la dijo; debo declararos que si me encuentro aquí, no es por un sentimiento de amistad hácia vos.

— ¡Qué diablo! dejemos eso, exclamó José, deseando evitar explicaciones.

— Ignoro lo que el mayor Dobbin podria decir contra Rebeca, exclamó Amelia con una voz clara aunque algo conmovida, y lanzándole una mirada muy resuelta.

— No quiero tales discusiones en mi casa, repuso José; ¿lo oís, Dobbin?

Y echando una mirada en su derredor, se dirigió muy encarnado y trémulo hácia la puerta de su cuarto.

— Mi querida amiga, dijo Rebeca con una voz angelical, os suplico que no os negueis á oír las acusaciones que el mayor Dobbin tiene que exponer contra mí.

— Podeis hablar, caballero, ahora que no hay aquí ningun hombre.

— Amelia, respondió el mayor con un tono de dignidad herida, ¿cómo podeis hablarme en esos términos? Vengo aquí á cumplir con un deber sagrado.

— Despachaos pues, mayor Dobbin, respondió Amelia animándose por momentos.

Y como pronunciara estas palabras con un acento imperioso, el rostro de Dobbin tomó una expresion dura y severa.

— Vengo á deciros... podeis quedaros, mistress Crawley, deseo que me oigais tambien; vengo á deciros que no me parece conveniente que una familia que yo estimo dé asilo á una mujer separada de su marido, que viaja con un nombre falso, y que frecuenta las casas de juego...

— Yo estaba en el baile, exclamó Rebeca.

— No es esa la compañera que necesitan mistress Osborne y su hijo. Añadiré, continuó Dobbin volviéndose hácia Rebeca, que he encontrado aquí personas que os conocen perfectamente, y que me han dado detalles sobre vuestra conducta que temeria repetir en presencia de mistress Osborne.

— Mayor Dobbin, repuso Rebeca, calumnias á las personas con demasiada reserva; debeis tener valor para formular vuestras acusaciones. ¿Aludis á infidelidades con mi marido? Desafío á que se me presente una prueba. Mi honor está intacto, caballero. Si aludis á mi pobreza y á mi desgracia, es otra cosa, esos son mis crímenes. Amelia, me marchó; olvidadme; yo no olvidaré estas pocas horas de felicidad que acabo de disfrutar en

vuestra compañía. Me retiro pues, ya que estando aquí echo á perder los planes de vuestro amigo.

— Así debéis hacerlo, repuso el mayor, y si yo poseo alguna autoridad en esta casa...

— ¡Autoridad en mi casa! No tenéis ninguna, exclamó Amelia furiosa. Rebeca, os quedareis conmigo; no, no tenéis que os abandone, porque os persiguen y porque os insultan, porque le ha dado el capricho al mayor Dobbin de armar aquí un escándalo. Venid conmigo, querida mía.

Las dos mujeres se dirigieron al mismo tiempo hácia la puerta.

William se adelantó para abrirla, y tomando la mano de Amelia, la dijo:

— Os suplico que me acordeis un momento, tengo que hablaros.

— Es para acusarme cuando yo no pueda defenderme, repuso Rebeca tomando un aire de víctima.

Amelia, por toda respuesta, la estrecho la mano.

— Os juró que no se trata de vos, prosiguió Dobbin; quedaos, Amelia.

Amelia se quedó, y Dobbin hizo un saludo profundo á mistress Crawley, que salió y cerró la puerta.

La viuda se apoyó en la chimenea fijando sus ojos en Dobbin; sus labios, así como su rostro, tenían una palidez lívida.

— Os pido mil perdones, la dijo el mayor, por mi modo de hablaros. Siento haber empleado la palabra autoridad...

— No está mal que lo hayáis conocido, dijo Amelia con un temblor que la era imposible disimular.

— Me dejareis al menos el derecho de explicarme, continuó el mayor Dobbin.

— Es un modo como otro cualquiera de recordarme lo que os debo, dijo Amelia.

— Los derechos que reclamo, respondió William, son aquellos que me dejó el padre de Jorge.

— Ayer mismo no habéis temido insultar su memoria... ya sabéis lo que quiero decir... y podeis estar seguro de que no lo olvidaré nunca... ¡nunca!...

Y Amelia pronunció estas últimas palabras con el temblor convulsivo que dan ordinariamente la emoción y la ira.

— ¡Amelia! exclamó Dobbin tristemente; ¿creéis que unas palabras pronunciadas en el extravío de la cólera deban ser motivo de que se acabe todo entre nosotros? La memoria de Jorge no tiene porqué ofenderse de mi conducta, y si merezo alguna reconvencción, nunca la debo oír de su viuda y de la madre de su hijo. Reflexionad bien en esto y me absolveréis de tal acusación... ¿qué digo?... en este momento ya no tendriais valor para condenarme.

Amelia inclinó su cabeza sobre su pecho.

— No os han infundido esa animosidad mis palabras de ayer, continuó Dobbin; eso es un pretexto, ó bien yo habria perdido el tiempo en amaros durante quince años, en cuidar de vuestro corazón con una ternura incausable. ¿Creéis pues que al cabo de tantos años no he aprendido yo á leer en vuestra alma y en vuestros pensamientos? Sé de lo que es capaz vuestro corazón; puede adherirse con fidelidad á un recuerdo, puede idolatrar una imágen, pero no puede experimentar un afecto bastante fuerte para corresponder al mío, no puede sentir el amor que yo habria querido encontrar en un alma mejor templada que la vuestra. No, no; no sois digna del amor que os habia consagrado; lo he reconocido hace mucho tiempo; el objeto que yo me propuse en mi existencia no era digno de los esfuerzos que intenté para alcanzarle. ¡Insensato! Me he lisonjeado con vanas quimeras, y en mi loco abandono me sentía siempre dispuesto á cambiar la franqueza y el ardor de mi alma por la oscura chispa de amor medio apagada en la vuestra; pero ahora renuncio á eso y me retiro, sin resentimientos por mi parte. ¡Oh! no; habéis hecho todo lo que se podía esperar de vuestra débil naturaleza; pero para ponerse á la altura de mi cariño, era preciso un corazón mas grande que el vuestro. Adios, Amelia; despues de haber seguido todas las vicisitudes de tan triste combate, reconozco que es tiempo ya de poner fin á él; entrambos hemos agotado nuestras fuerzas.

Amelia, consternada y silenciosa, escuchaba á William, que rompía de repente la cadena que hasta entonces los habia ligado, y recobraba su independencia y su superioridad.

Hacia mucho tiempo que Amelia viéndole prosternado á sus piés habia creído que no podría levantarse nunca. No queria casarse con él, pero si tenerle á su discreción; era uno de esos propósitos que en amor se ven muchas veces.

Las palabras de William la pusieron en una perturbación suma. Sorprendida ahora de la posición ofensiva que ella se habia reservado siempre, no pensaba mas que en la retirada.

— Segun comprendo, nos dejais, William, exclamó. William se sonrió con tristeza.

— Una vez os he dejado ya, la dijo, y he vuelto al cabo de doce años; entonces los dos éramos jóvenes, pero la vida se concluye jugando así con la esperanza.

Durante este coloquio la puerta del cuarto de mistress Osborne se habia entreabierto suavemente, y Rebeca se habia enterado de todo.

— ¡Qué corazón tan noble! dijo para sí; Amelia hace muy mal en tratarle como le trata.

Admiraba á Dobbin sin ningun rencor porque se habia declarado contra ella.

— Si hubiera yo encontrado un hombre como ese, digo para sí, ¡cuán feliz habria sido!

Y corrió á encerrarse en su cuarto, se recogió durante un instante, y luego escribió un billete á Dobbin en que le decia que esperase algunos dias antes de marchar, prometiéndole que emplearia su influencia en su favor cerca de Amelia.

Consumada la separación, el pobre Dobbin se dirigió hácia la puerta y salió. La aventurera, que tenia la culpa de lo sucedido, se quedaba en fin dueña del campo de batalla; ahora le tocaba á ella sacar el mejor partido de la victoria.

Jorge, á la hora de la comida, notó como el dia anterior la ausencia de su amigo. Nadie desplegó sus labios en la mesa; José no habia perdido el apetito; pero Amelia no probó un bocado en toda la comida.

Jorge, despues de los postres, se tendió en un sofá cerca de la ventana que daba á la plaza del Mercado. De repente observó que habia mucho movimiento en el hotel que ocupaba Dobbin.

— ¿Qué es eso? exclamó; ¡sacan el carruaje de Dobbin de la cochera!

Amelia se estremeció sin decir palabra.

— Francisco carga la maleta, continuó Jorge, y el postillon atraviesa el mercado con sus tres caballos... ¿Quién se marcha?... ¡Cómo! ¿Enganchan los caballos al coche de Dobbin? ¿Es él quien se marcha?

— Sí, dijo Amelia; va á emprender un viaje.

— ¿Y cuándo volverá?

— Nunca, respondió Amelia.

— No, no partirá, exclamó Jorge levantándose.

— Estaos quieto, gritó José.

— Os prohibo que salgais, Jorge, le dijo su madre con una expresion de tristeza.

Jorge se detuvo, pero comenzó á dar vueltas sobre el sofá con todas las señales de una curiosidad impaciente.

Los caballos fueron enganchados y los cofres cargados en el carruaje. Cuando estuvieron terminados los preparativos, Dobbin apareció con el dueño del hotel, que casi lloraba al verle marchar.

— Quiero decirle adios, exclamó Jorge pegando con el pié en el suelo.

— Le entregareis esto, dijo Rebeca que parecia estar muy conmovida.

Y le dió un papel.

Bajar la escalera y atravesar la calle fué para Jorge cosa de un segundo; ya el postillon habia montado, y Dobbin estaba en el carruaje.

Jorge subió al estribo, y rodeando el cuello del mayor con sus dos brazos, le hizo mil preguntas hasta que por fin le entregó el papel de Rebeca. William le tomó con presteza y temblaba al abrirle; pero de repente sus facciones se alteraron, hizo añicos el papel y arrojó los fragmentos por la portezuela. En seguida dió un beso á Jorge, y este bajó restregándose los ojos.

El postillon agitó su látigo, y los tres caballos echaron á andar; al mismo tiempo la cabeza de Dobbin se inclinaba sobre su pecho: no alzó los ojos cuando el carruaje pasaba bajo las ventanas de Amelia, y Jorge permaneció solo en la calle llorando y sollozando.

La doncella de Amelia oyó al niño llorar toda la noche; le llevó dulces para tratar de consolarle, y mezcló sus lágrimas con las de Jorge, pues todos los que conocian al mayor no podian menos de quererle.

LXI.

NACIMIENTOS, BODAS Y DEFUNCIONES.

Al tomar la resolución de favorecer un amor tan sincero como el de Dobbin, Rebeca juzgó que debia guardar sobre este punto el mas profundo silencio. Para ella la cuestion de su interés personal era superior á todas; así lo que podia asegurar la felicidad de Dobbin cruzaba por su mente despues de otras cosas que la interesaban mas de cerca.

De resultas de los sucesos que acabamos de mencionar, habia pasado de súbito á una existencia apacible y cómoda, despues de tantas agitaciones; este cambio la hacia muy dichosa, y con la destreza que la conocemos ya, queria hacer agradable su presencia á las personas que la rodeaban.

La entrevista en el hotel del Elefante la habia bastado para reanimar en José todo el fuego de sus antiguos ardores. Al cabo de una semana José la pertenecía como el esclavo mas sumiso, como el admirador mas apasionado. Ya no dormia la siesta despues de comer, sino que salia en coche descubierto con Rebeca, y la proponia toda clase de distracciones.

La pobre Amelia, que nunca habia sido mujer de conversacion muy animada, y que estaba mas silenciosa aun desde la marcha de Dobbin, vivia abandonada con la aparición de aquella criatura superior y dominante. Rebeca cantaba y tocaba el piano; y al punto que se supo en la ciudad que era noble, que su marido era coronel y gobernador de una isla, y que se habia separado de él por un motivo insignificante, todo el mundo la admiraba y solicitaba el honor de ser presentado á ella en casa de M. Sedley. Así las reuniones de esta casa eran las primeras y las mas brillantes de todas las que se daban en la ciudad.

Amelia concluyó como todos por caer bajo la influencia de Rebeca, quien la hablaba sin cesar del mayor Dobbin, proclamando su admiración hácia él y riñéndola por su crueldad con un hombre tan bueno y tan generoso.

Amelia no tenia muchas contestaciones; trataba de probar á su amiga que la habian guiado en su conduc-

ta las inspiraciones mas nobles y sagradas. La decia que una mujer que se habia casado con un ángel como Jorge Osborne, debia considerarse casada eternamente; sin embargo, hallaba muy justos los elogios que Rebeca prodigaba al mayor, y sacaba la conversacion sobre él mas de veinte veces cada dia.

Amelia cuidaba de que su hijo escribiera á menudo al mayor, y trataba de que no se olvidase de poner en la carta que su mamá le daba muchas expresiones.

Y todas las noches al contemplar el retrato de su marido, le hallaba siempre un aire de reconvencción; pero la parecia que esa reconvencción era porque habia dejado marchar á William.

Este heroico sacrificio no habia asegurado la felicidad de Amelia. Muy al contrario, se mostraba distraída, agitada, descontenta; nunca la habian visto de tan mal humor como entonces. Estaba pálida y se quejaba continuamente; sin cesar repetia aquellas romanzas de Weber que mas le gustaban al mayor, y á veces, en medio de sus cánticos, se interrumpia y corria á su aposento, como si quisiera ponerse bajo la protección del retrato de su marido.

En las conversaciones y en los paseos con su hijo, no hablaba mas que de William.

Rebeca habia llegado en un estado miserable; pero su amiga la habia provisto de todos cuantos vestidos y adornos necesitaba. No obstante, ella decia que esperaba unos cofres que tenia en Leipsick, y al cabo de algun tiempo llegaron efectivamente, pero no contenian los suntuosos trajes que Rebeca habia anunciado.

De uno de ellos sacó mistress Crawley un cuadro que se apresuró á colgar en una de las paredes de su aposento, y en seguida llamó á José para que le viera.

Este dibujo al lápiz representaba un hombre muy robusto, montado en un elefante; en el fondo se distinguia una pagoda; sin duda la escena pasaba en la India.

— Ese es mi retrato, exclamó José.

Efectivamente, él era rebosando juventud, y con una chaquetilla de mahon que se llevaba mucho en 1804. Era el mismo cuadro que en otro tiempo adornó las paredes de Russel-Square.

— Le compré, dijo Rebeca con una voz trémula de emoción, un dia en que fuí á ver si podia servir de algo á mis buenos amigos. Desde entonces ha estado siempre en mi compañía, y no me abandonará nunca.

— ¡Tanto valor le dais! dijo José extasiado.

— ¡Ay! exclamó Rebeca; ya sabéis porqué... ¿pero á qué vienen los recuerdos y las palabras? Ya es demasiado tarde.

Esta conversacion dejó á José embriagado de felicidad. Amelia vino cansada y se retiró á su cuarto dejando solos á su hermano y á su amiga. Sin embargo, demasiado agitada para poder dormir, oyó que Rebeca cantaba á José las romanzas de 1815.

Corria entonces el mes de junio, la estación del lujo y la elegancia en la ciudad de Lóndres.

José, que no habria perdonado un solo dia la lectura del *Galignani*, daba durante el almuerzo á sus dos compañeras las noticias mas notables del diario.

Un dia el periódico anunció que el mayor Dobbin se habia reunido con su regimiento en Chatham, y al mismo tiempo daba cuenta de la presentación en la corte del coronel sir Miguel O'Doow y de miss Glorvina O'Doow.

Venian despues los nombres de los tenientes coronales de nueva promoción, entre los cuales se hallaba el de Dobbin.

En cuanto á fallecimientos, se anunciaron el del viejo mariscal Tiptoff y el de lord Steyne.

Amelia sabia algunas de estas cosas por la correspondencia que Jorge sostenia con su tutor. William la habia escrito dos ó tres cartas despues de su marcha; pero en ellas reinaba tal frialdad, que la pobre mujer conocia que habia perdido todo su imperio sobre Dobbin, y que como la dijo, la dejaba completamente libre.

Este abandono la hacia desgraciada; ahora recordaba los servicios, los tiernos y afectuosos servicios del mayor, y este recuerdo la atormentaba noche y dia. Segun su costumbre, se consumia en sus dolorosos pensamientos, y reconocia toda la pureza y la nobleza de un cariño que habia despreciado.

¡Ah! ¡Cuánto deploraba haber perdido aquel tesoro!

Y era cosa concluida; William habia agotado su paciencia. Ya no podia amarla como antes la habia amado; al menos así lo creia ella.

Y sin embargo, aquel amor dejaba aun hondas cicatrices en el corazón de Dobbin.

— Tengo yo la culpa de haberme forjado puras ilusiones, se decia á menudo. Si hubiera sido digna del amor que yo la he tenido, hace mucho tiempo que habria correspondido á él. Era un error que lisonjeaba á mi corazón. ¡Dios mío! ¿La vida entera no se pierde soñando? Quizá casándose con ella habria visto desaparecer á la otra mañana de mi victoria, todas aquellas imágenes que me hechizaban. ¿Porqué me lamento pues de mi derrota?

Luego suspendia su pensamiento en este largo periodo de su existencia, y reconocia la vanidad de sus ilusiones.

(Se concluirá.)

La instruccion pública en Rusia.

Al mismo tiempo que presentamos á la vista de nuestros lectores los dibujos de los diferentes establecimientos oficiales de instruccion existentes en San Petersbur-

go, queremos aprovechar la ocasion para echar una ojeada sobre el estado general de la instruccion pública rusa, asunto poco tratado hasta hoy y que por lo tanto nos parece muy curioso.

La instruccion pública se manifiesta por primera vez en las instituciones gubernamentales rusas bajo el reinado del czar Boritz Teodorowitsch Godunow.

El advenimiento al trono de la dinastía de los Romanow dió un poderoso impulso á la enseñanza pública, que patrocinaron el czar Miguel Teodorowitsch y despues su hijo Alejo Micaelowitsch. Bajo el reinado de este último soberano, el patriarca Nicon se distinguió por su celo en la propagacion de las luces. En 1633 el metropolitano de Kiew Pedro Magila, fundó ia primera academia religiosa. Simeon Polotzki, protector del czar Teodor Alejowitsch y célebre profesor de su siglo, instituyó la escuela de teología eslava greco-latina de Moscou.

El inmortal reformador de la Rusia, el emperador Pedro I, puso en este terreno, como en otros muchos, los cimientos del edificio que han continuado los soberanos siguientes, hasta que la instruccion rusa ha merecido ocupar un puesto importante entre las instituciones análogas de los demás reinos europeos. Además de fundar un ercido número de escuelas para el pueblo y otros varios establecimientos de enseñanza, Pedro el Grande fundó la Escuela de marina que mas tarde se llamó Escuela de los Pilotos. El 28 de enero de 1724 fundó la Academia de ciencias de San Petersburgo.

En tiempo de la czarina Ana Johannowna se formo el 12 de mayo de 1732 el primer cuerpo de cadetes. La emperatriz Elisabeth Petrowna fundó el 15 de diciembre de 1752 el cuerpo de cadetes de marina; el 12 de enero de 1755 la Universidad de Moscou, la primera que hubo en Rusia, y el 6 de noviembre de 1757 la Academia de las artes que su ilustre padre habia protegido.

La emperatriz Catalina II creó muchas instituciones de enseñanza militar y científica. Se fundaron durante su reinado: el 25 de octubre de 1762, el cuerpo de cadetes de la artillería y de ingenieros; el 26 de agosto de 1763, el colegio de Moscou; el 3 de mayo de 1764, la casa de educacion de señoritas nobles del convento de Smolna; en 1773, la Escuela de comercio y el Colegio de San Petersburgo, y por último, el 30 de setiembre de 1783, la Academia rusa que forma actualmente la segunda seccion de la Academia de ciencias.

El emperador Pablo I fundó el 1º de junio de 1798 el Instituto de la orden de Santa Catalina para la educacion de señoritas nobles, y el 12 de febrero de 1799 la Academia de cirujía y medicina.

Reinando el emperador Alejandro se instituyó el 8 de setiembre de 1802 el ministerio de la Instruccion pública, y



ALEJANDRO NICOLAIEWITCH, jefe de las instituciones militares de Rusia.

lás I, el imperio ruso entró en una nueva era, no solo en cuanto á instruccion pública, sino bajo todos conceptos. La agricultura y la industria hicieron en Rusia progresos extraordinarios desde el principio de aquel reinado. El desarrollo dado á la navegacion por el vapor, los tratados de caminos de hierro, las nuevas carreteras abiertas en todas las direcciones de tan vasto territorio, son actos de gobierno que debe señalar la historia. En lo relativo á la enseñanza, todos sus ramos se reorganizaron desde 1825, y las escuelas primarias se repartieron sistemáticamente en toda la extension del imperio. Otras nuevas escueias se fundaron, á saber: la Escuela normal superior de San Petersburgo, la Universidad de Kiew, la Academia militar, el seminario de Kasan, la Escuela de derecho, dos cuerpos de cadetes en Moscou, otros en Nowgorod, Worouesch, Tula, Tambow, Kasan, Polosk, Pullava, Brest-Litowsk, Kiew, etc., etc.

Los detalles estadísticos que ponemos á continuacion de origen auténtico, presentan un cuadro completo del estado de la instruccion pública en Rusia.

1º — Establecimientos dependientes del ministerio de Instruccion pública:

6 universidades, 1 escuela normal, 3 liceos, 77 gimnasios (inclusas las escuelas fundadas por las iglesias de confesiones extranjerás), 433 escuelas cantonales, 1,068 comunales, 592 pensiones ó escuelas particulares; total: — 2,180 establecimientos de educacion con 5,394 maestros y con 118,327 alumnos.

2º — Establecimientos del reino de Polonia:

Establecimientos públicos:
5 escuelas especiales que comprenden 1,413 alumnos.
Universidades; 35 superiores, id. 6,156 id.
Id. 1,316 primarias id. 71,356 id.

Establecimientos privados:
57 superiores } que comprenden 5,956 id.
126 primarios }
Total: 1,539 establecimientos con 84,584 id.

3º — Establecimientos del Cáucaso:

5 gimnasios, 3 escuelas gimnasiales, 18 escuelas cantonales, 11 comunales, 8 pensiones y escuelas privadas; total, 45 establecimientos con 237 maestros y 3,302 alumnos.

En la parte religiosa:

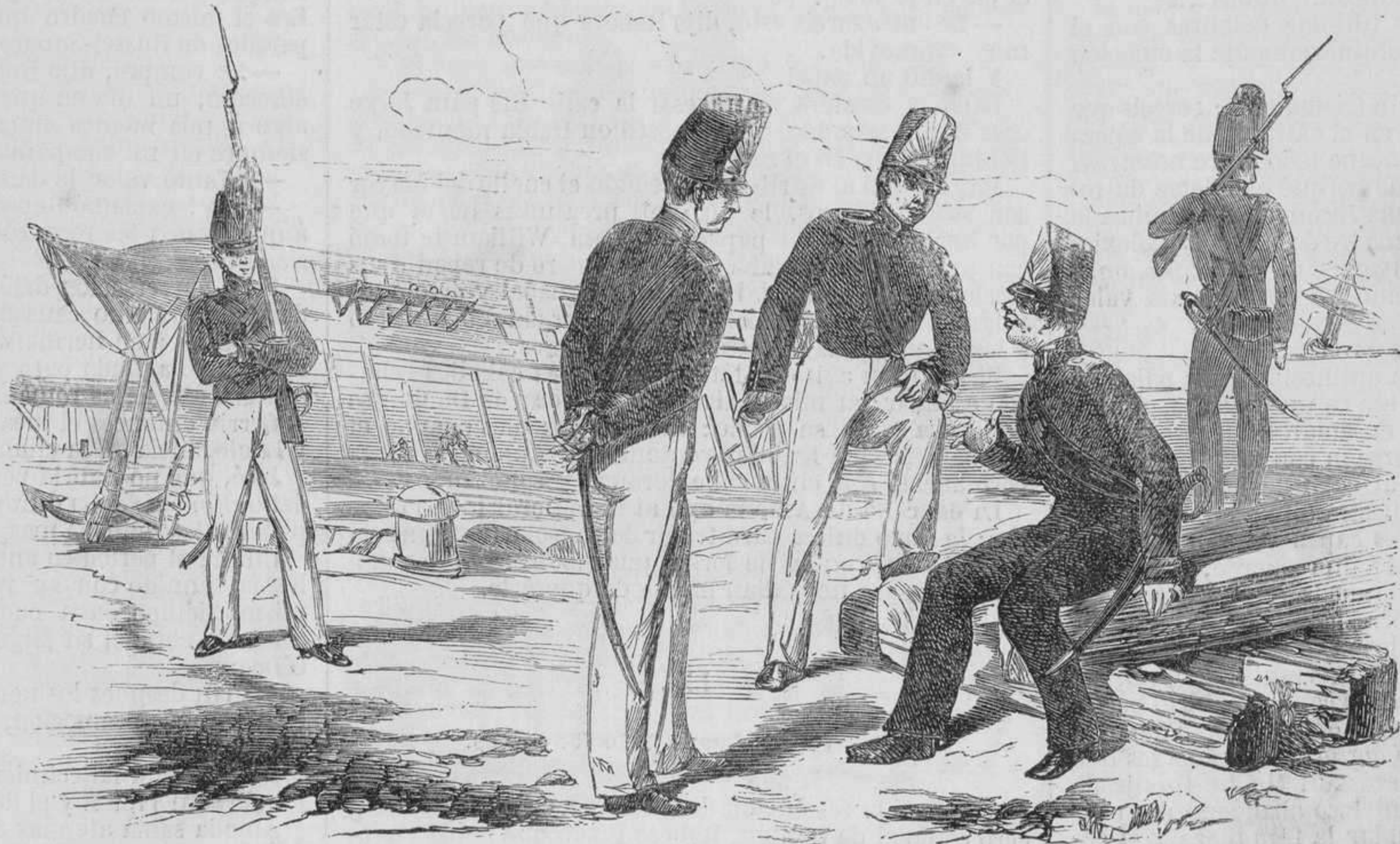
Confesiones ortodoxas: 2 seminarios, 7 escuelas cantonales, 12 comunales, 21 establecimientos; 72 maestros, 1,261 alumnos.

Culto armenio-gregoriano: 3 seminarios, 11 escuelas comunales, 14 establecimientos con 45 maestros y 287 alumnos.

Religion evangélico-luterana: 8 maestros y 668 alumnos, con mas 11 escuelas musulmanas; 586 alumnos.

4º — Establecimientos militares:

Estas instituciones se hallaron en tiempo de Nicolás bajo el protectorado del gran duque heredero del trono Alejandro Nicolaiewitch, el ac-



CUERPO DE CADETES DE LA MARINA. — Escuela de construccion naval. — Escuela de pilotaje.

nada podría probar mejor que esto la solicitud de aquel monarca en elevarla al nivel moral de su pueblo. El 9 de enero del mismo año se fundó la Universidad de Dorpat, y el 22 de octubre se reorganizó la Academia de bellas artes. En 1807 se estableció en Moscou la Institucion de Catalina. El 27 de enero de 1804 se fundó la Escuela de ingenieros para la formacion de conductores (hoy escuela superior). El 5 de noviembre de 1804 se crearon dos universidades nuevas, las de Kasan y Charkow, y se reorganizó la Universidad de Moscou. 1808 vió la formacion del cuerpo de Huérfanas militares, actualmente cuerpo de Paulow; 1809 la del Instituto de puentes y calzadas; 1810 la ereccion del Liceo de Tzarko-Selo, hoy Alejandrow. El 8 de febrero de 1819 se fundó la Universidad de San Petersburgo; el 9 de mayo de 1820, la Escuela de artillería (hoy Escuela de artillería Miguel); en 1822 la Escuela de los caballeros guardias, luego el Instituto patriótico, el Cuerpo forestal, la Escuela de sordo-mudos, el Orfelinato de Gatschina y la Escuela de parteras.

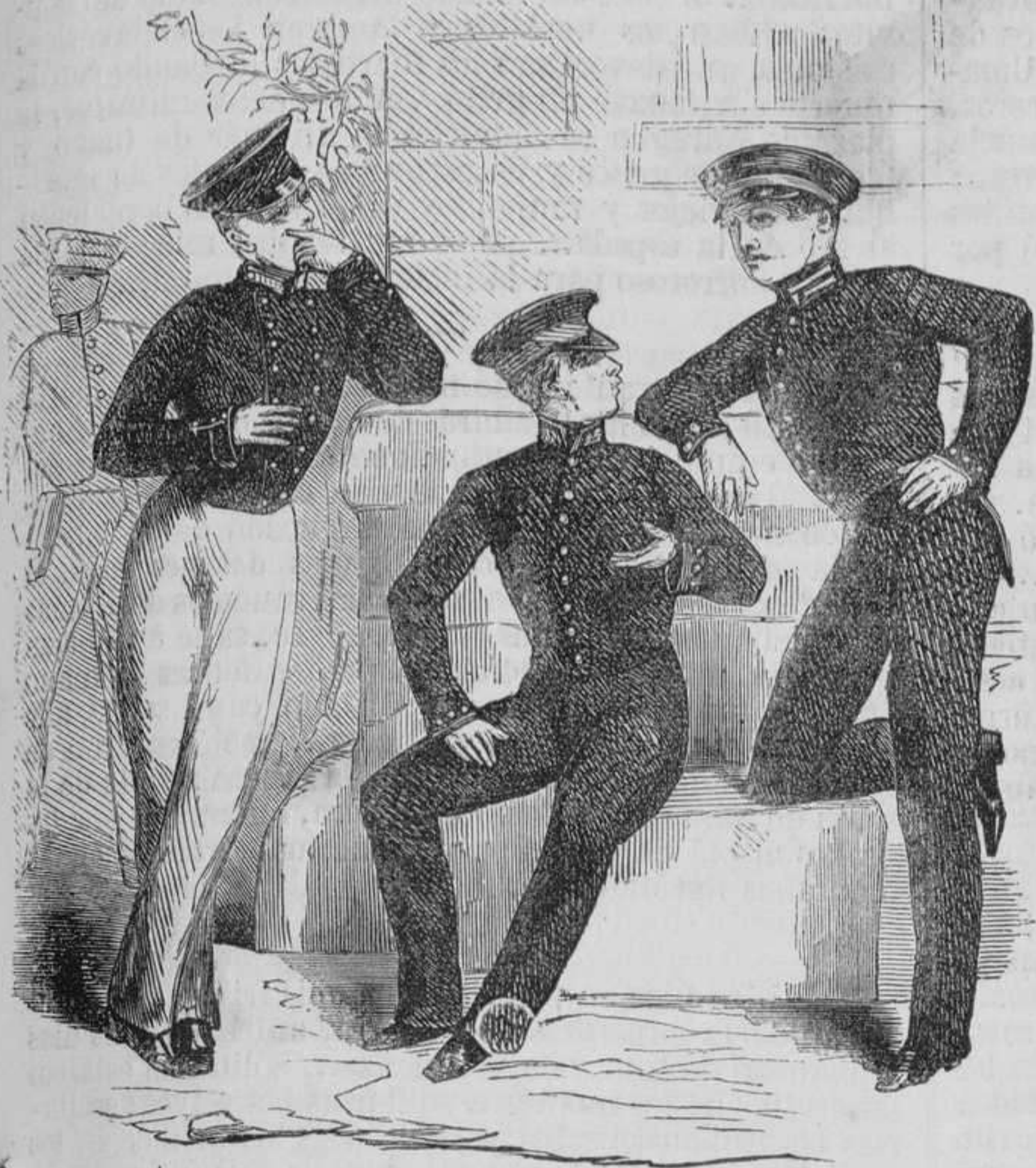
Bajo el cetro del emperador Nico-



Estudiantes de la Universidad imperial, de la Escuela de derecho y de las Escuelas de medicina y cirujía.



Cuerpo de los pages imperiales.



Alumnos del Instituto de artes y oficios, del Gimnasio y de la Escuela de comercio.

tual emperador de Rusia, y cuyo retrato damos con su uniforme de jefe de las instituciones militares.

Se componen de 23 cuerpos de cadetes, 1 escuela de caballeros guardias, 2 escuelas de instruccion, 1 escuela de pages; total, 27, con 863 maestros y 8,090 alumnos.

5° — Enseñanza marítima:

Un cuerpo de cadetes, 4 escuelas de maniobras, 2 compañías de instruccion y 3 escuelas de instruccion; total, 10 establecimientos con 337 maestros y 3,920 alumnos.

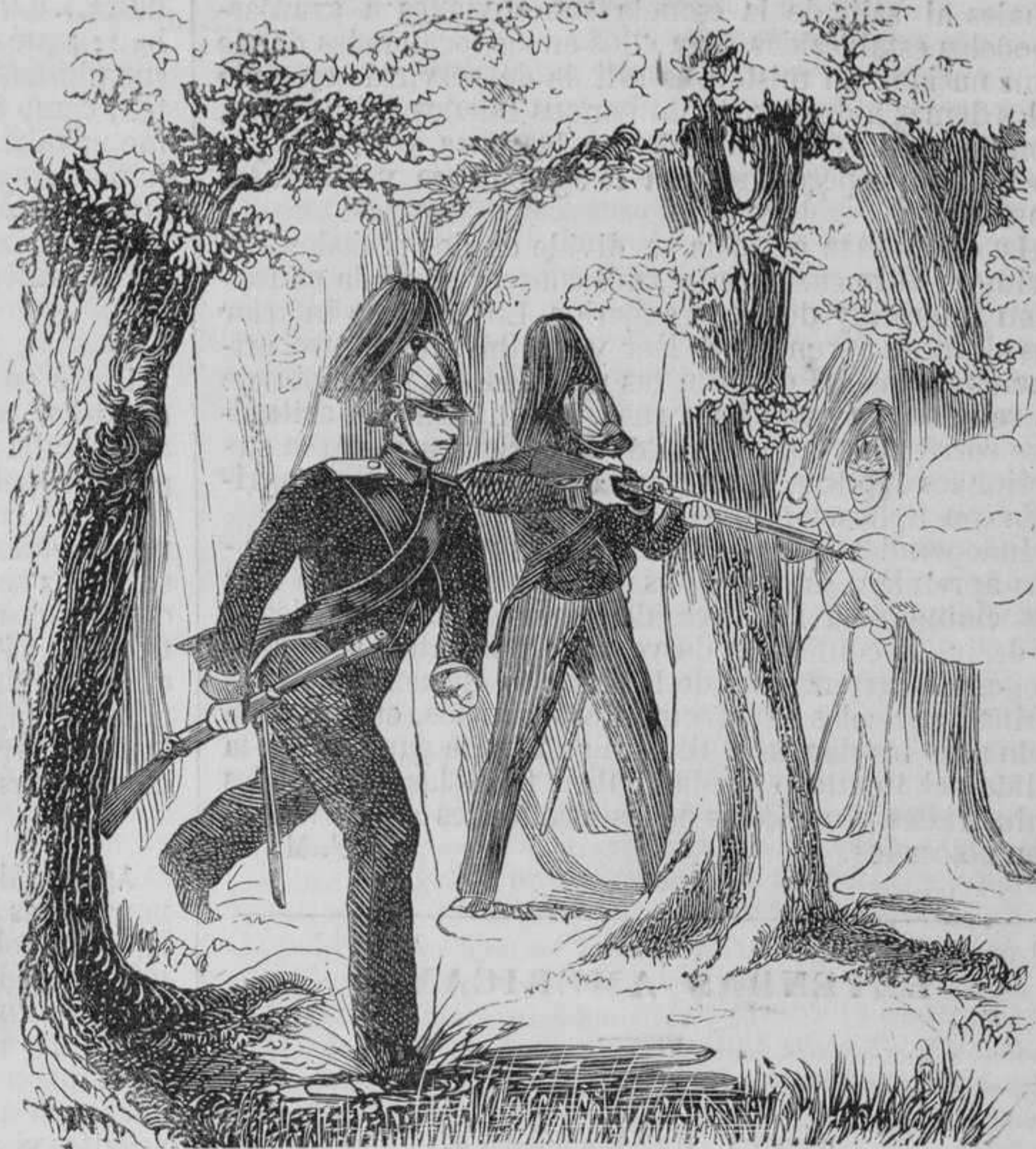
6° — Establecimientos dependientes del ministerio de Hacienda:

Son 85 con 461 maestros y 9,779 alumnos.

7° — Fundaciones de la emperatriz Maria y otras bajo la misma dependencia:

Escuelas de niñas de 1ª clase.	10
Id. 2ª id.	8
Id. 3ª id.	7
Id. especiales.....	7

Total..... 32 con 659 institutrices y 5,377 alumnas.



Alumnos del cuerpo florestal.

Escuelas de niños en San Petersburgo.....	6
Id. en Moscou.....	4
Total.....	10

con 80 maestros y 1,938 alumnos.

8° — Establecimientos confiados al secretario de Estado Longinow:

3 institutos con 57 maestros y 570 alumnos.

3 escuelas Elisabeth con 39 maestros y 423 alumnos.

9° — Escuelas bajo la dependencia del cuerpo de puentes y calzadas:

2 instituciones, 85 maestros y 416 discípulos.

10. — Escuelas del servicio de postas:

3, con 8 maestros y 180 discípulos.

11. — Establecimientos dependientes del ministerio de la Justicia:

3, con 93 maestros y 591 alumnos.

12. — Instituto para el estudio de las lenguas orientales:



1° Y 2° CUERPO DE CADETES. — Escuela de cadetes nobles de la guardia.

el oficio de las armas, objeto particular de una alta preferencia, es seguramente el primero de todos en Rusia, se pueden elogiar con verosimilitud y hasta cierto punto con conocimiento de causa, los resultados de esa enseñanza privilegiada.

Tambien merece una mencion especial la escuela de agricultura que fundó el czar Nicolás cerca de San Petersburgo, en donde se da á los labradores del dominio imperial la enseñanza y el ejemplo de las mejores prácticas agrícolas.

El objeto de esta escuela es propagar y elevar la ciencia agrícola, particularmente en la labranza, en el circuito inmediato de las posesiones imperiales. Con esta intencion se instruyen allí doscientos cincuenta hijos de labradores elegidos en el territorio del dominio imperial, los

Tiene 30 profesores y 207 alumnos.

13. — Escuelas de agricultura:

Son 26 con 124 maestros y 1,591 alumnos.

14. — Escuelas comunales comprendidas en los dominios de la corona:

2,696 con 2,783 maestros y 14,064 alumnos del sexo masculino y 4,843 del sexo femenino.

15. — Escuelas para los niños kirguises dependientes de la comision de las fronteras de Orenburgo:

Cuéntanse únicamente 3 maestros y 30 alumnos.

Por estos pormenores se ve que el estado de las escuelas, al menos en cuanto á cantidad, es muy satisfactorio en Rusia. Por lo que hace á la calidad, la apreciacion es mucho mas difícil, pues faltan sobre este punto los documentos oficiales y estadísticos, y la prensa rara vez trata de este asunto. Sin embargo, en cuanto á la enseñanza militar hay mas noticias.

Las escuelas militares del imperio son los planteles de los oficiales de las tropas rusas, y como



Alumnos de puentes y calzadas del instituto topográfico y del cuerpo de minas.



Alumnos del cuerpo de ingenieros y de artillería de Micailoff.

cuales al salir de la escuela son enviados á granjas-modelos establecidas para ellos en las localidades donde han nacido. Su mision es allí la de servir de ejemplo á los demás aldeanos, tanto por sus buenas costumbres, como por sus conocimientos en las artes y oficios que se refieren especialmente á la agricultura y á los usos domésticos.

La enseñanza agrícola se divide en dos períodos. La primera dura cuatro años, dos consagrados á la educación inferior y dos á la superior. En la clase inferior los alumnos aprenden á leer y escribir, las cuatro primeras reglas del cálculo, las medidas, los principios de la religion, la gramática rusa, la caligrafía, la aritmética corriente y los elementos de agricultura. En la superior les explican el evangelio, la misa, la teoría agrícola con aplicacion práctica, y algo de mecánica.

Independientemente de esta instruccion, los alumnos aprenden los diferentes oficios que se refieren mas especialmente á las necesidades de una aldea agrícola, es decir, la confeccion de vestidos y zapatos, las profesiones de carpintero y de herrero, la ejecucion de máquinas agrícolas é instrumentos aratorios, etc., etc. De todo esto les dan una tintura suficiente para que á la salida del instituto puedan cubrir todas las necesidades industriales y agrícolas de las localidades donde se hallen colocados.

F. M.

LEYENDAS AMERICANAS

ANACAONA

REINA DE XARAGUA.

(Continuacion.)

Se unió á la fresca fruta el rojo vino y el aguardiente trasparente y puro, que trajo el extranjero. Hubo mucho placer en la comida; pero mi alma estaba negra de dolor, y los ojos de mis caciques encendidos de odio... ¡Pobres indios!... El banquete acabó: los soldados se cobijaron en sus tiendas en medio de la plaza de Xaragua; los capitanes en las eracas de los caciques: á mi palacio vino Obando á dormir. Le di mi lecho; de frescas hojas coroné su hamaca, y dos vírgenes, puras como las gotas frescas del rocío, que con ramos de verdosa palma el apacible aire derramaban sobre la torva frente del guerrero. El sueño se amparó de sus sentidos... ¡porqué mi mano no atravesó mil veces su fiero corazón!!!...

X.

¡Con qué serenidad ocultan las almas crueles sus proyectos inicuos!!!... ¡qué seguro y terrible es el golpe del espíritu reservado que sonríe, sin anublar la fisonomía con la oscuridad del crimen!!!... ¿quién se libra de la culebra escondida entre la yerba? ¿quién de la aguda flecha que lo espera en las horas del sueño? ¿quién de la muerte preparada por la mano amiga, entre sonrisas páfidas y halagos?... nadie en el mundo, nadie... Yo velaba mientras dormía tranquilo el extranjero alimentando en el corazón su cruel designio: sus días pasaban en placer y fiestas: yo acusé á mi alma de la desconfianza que no me dejaba vivir: el alma previsoramente respondía á mi engañoso deseo con inquietud y devorador recelo, y una tristeza lánguida que postraba mi cuerpo quebrantado...

Así corrían las horas... Una tarde Obando, cerca del verde monte, me dijo: «mañana quiero despedirme de tí: reúne tus caciques, y verás la fiesta que les preparo antes de separarme de Xaragua.» Los caciques que oyeron iba á dejar sus plácidas riberas, saltaron de alegría: el extranjero comprendió su gloria, y á sus labios asomó la risa... mis ojos, que escudriñaban sus miradas, vieron en ellas la sombra cruel de su delito; mi alma valerosa se cubrió de luto, y se deshizo en lágrimas, que no brotaban del corazón porque les horrorizaba la espantosa figura del crimen, que aquella fiera había concebido... «Reina, hasta mañana,» me dijeron mis caciques: hasta la eternidad, iba á contestarles, cuando Obando, con el halago de la amistad, me cogió por la mano y me llevó á mi palacio...

Pasó la noche... ¡noche de maldición, horrible noche!!!... En toda ella no cerré los ojos... sentí una voz del cielo que me decía: «¡preparate á morir, Anacaona!!!» «Estoy pronta, Dios mío...» respondieron mis labios, apretando el Tzmes, que grabó en mi pecho la mano sagrada del anciano Biautex: bañada en lágrimas, dejé la hamaca de los reyes, y fuí á besar la frente de mi pobre Higuamota, que dormida como un ángel descansaba en tranquilo sueño, de las horas eternas de su locura infeliz! ¡la vírgen sonreía y tenía el lecho cubierto de marchitadas flores amarillas! ¡Alma del alma mía! ¡pobre niña!

La mañana asomó triste y nublada: el sol no quiso iluminar la tierra: tenebrosas estaban las montañas, y el viento era frío: poco antes de la fiesta Xaragua era ya sepulcro de luto y soledad: el firmamento se coronó de nubes oscurísimas: el cielo no quería presenciar la

fiesta... Llegué á la plaza: mis caciques me aguardaban; ¡qué hermosos á mis ojos parecían, cubiertos de sus plumas de tocororo azul, de rosa y negro!!!... Umatex, como el ángel de la vida, entre aquellos guerreros, me miraba: «Reina, me dijo, el corazón me anuncia honda desgracia.» «Umatex, le contesté al guerrero; cúmplase la voluntad del Tzmes...» Luego llegaron las vírgenes coronadas de curias, y mi pueblo llenó por fin el inmenso solar de la gran plaza.

Entré en el palacio de la fiesta rodeada de todos mis caciques: al poner el pié en sus umbrales, creí que atravesaba los límites del sepulcro... también me seguía la pobre Higuamota pálida y moribunda. La mesa del convite estaba pronta... Umatex se sentó con mis guerreros: á mi lado, la pobre Higuamota... ella sola feliz se sonreía, con su locura el alma entreteniéndose... Todos los demás miraban afligidos mi angustiada frente... ¡Pobre raza de héroicos capitanes!!!... El cielo quiso arrebatarnos de la superficie maldita de la tierra, antes de la ruina espantosa de la patria en el reino de la luz eterna; vuestras sombras divagarán en falanges de víctimas inmortales...

Aguardábamos á Obando y no venía: callaban todos pendientes de la palabra de mis labios, pero yo apoyé la frente sobre mis manos, y en Dios pensaba el alma... vibró sonido de trompetas de guerra, y sentí erizarse mis cabellos; los ojos de mis caciques se fijaron en los míos; me acordé espantada del último día del mundo... Mi corazón oyó aquella armonía como si fuera el grito del ángel del juicio final de los cristianos... Desde mi asiento ví adelantarse los soldados por las avenidas de la plaza, cerrándola con sus lanzas... mis caciques ya no podían salir... Después entró la caballería, desnudando las espadas... Obando se colocó en medio de la plaza; el cielo iluminó mi corazón, y ví ante mis ojos, resplandeciente, la eternidad, donde pasaba sus miradas el Señor, Dios del cielo y de la tierra... «Caciques, les dije valerosa y fuerte, llegó nuestra última hora, es necesario morir como héroes.» Los caciques se levantaron como mártires, y postrados á mis piés, doblaron sus arrugadas frentes: yo bendije con el espíritu de Dios sus cabezas generosas, á quien la voluntad del cielo iba á coronar con flores inmarchitables.

Obando, que estaba en medio de la plaza, cubrió con la mano la cruz roja que llevaba en el pecho (1), y entonces el fuego, y el filo de la espada, y la punta acerada de la terrible lanza, entró en la indefensa infeliz muchedumbre... el grito de las mujeres y de los niños llegaba al cielo, que presenciaba impasible aquella escena inicua, y que no conoce otra igual la historia vergonzosa de los nacidos... De las puertas de mi palacio se apoderó el impío soldado... Mis caciques estaban tranquilos aguardando el sacrificio, con la serenidad de los dioses... los capitanes Velazquez y Mejía entraron en la sala del convite... «¿es esta la fiesta que preparabais á vuestra reina amiga?...» les dije con el desprecio del alma, á quien sostiene el cielo con su divina inspiración sublime.

Entonces los soldados clavaron en el corazón de los caciques las puntas de sus armas... ni un lamento interrumpió el horror de la matanza: heridos ya de muerte mis capitanes, los amarraron á los horcones que sostenían el techo, mi pobre Higuamota, allí la ví morir... desesperada, ciega de angustia horrible; tropezando entre fríos cadáveres, con temblorosas manos buscaba á mi hija... ¡á mi hija! que estrechaba en las convulsiones de la muerte contra mi corazón, y á la que no podía ver con los ojos, abrasados por el humo y el dolor

(1) En la pág. 90, cap. XII, de la *Historia general y natural de los indios*, escrita por Obiedo, se lee este suceso del modo siguiente: «Y también se hizo justicia de Anacaona, é pasó así: que teniendo el comendador mayor información de la traición acordada el año de mil é quinientos y tres, fué con septenta de caballo é doscientos peones á la provincia de Xaragua, que estaba en lo secreto alcada, por consejo de Anacaona, la cual para ello estaba confederada con otros muchos caciques. É certificado desto el gobernador, mandó que un domingo los chripstianos jugasen á las cañas; é que los caballeros viniesen aperechidos, no solamente para el juego, mas para las veras, é pelear con los indios así mismo, si conviniese, é así se hizo. Aquel domingo después de comer, estando juntos todos aquellos caciques é principales indios de aquella comarca confederados, dentro de un caney ó casa grande, así como la gente de caballo llegó á la plaza, llamaron al comendador mayor, para que viesse el juego de cañas; al cual hallaron que estaba jugando al herron con unos hidalgos, por disimular con los indios é que no entendiesen que de su mal propósito él tenía aviso; é luego vino allí aquella cacica Anacaona é dixo al comendador mayor que ella venía á ver el juego de cañas de sus caballeros chripstianos; é que aquellos caciques que estaban juntos, lo querían asimismo ver é le rogaban que los hiciese llamar. É luego el comendador mayor les envió á decir que viniesen allí; é dixo que primero los quería hablar é darles ciertos capítulos de lo que avían de hacer; é mandó tocar una trompeta y juntóse toda la gente de los chripstianos, é hicieron meter á todos los caciques en la posada del comendador mayor, é allí fueron entregados á los capitanes Diego Velazquez é Rodrigo Mexia Treillo; los cuales ya sabían la voluntad del comendador mayor, é hicieronlos atar todos, é supose la verdad de la traición, é fueron sentenciados á muerte. É así los quemaron á todos dentro en un boío ó casa, salvo á la dicha Anacaona, que desde á tres meses la mandaron ahorcar por justicia.»

horrible... A poco las llamas llegaron al salón del convite: ardían los maderos y también los cadavéricos caciques, que devoraban los martirios luchando con la muerte sin lanzar un grito... A los pocos minutos, la plaza de Xaragua se convirtió en un mar de fuego y tempestad de gritos y desesperados lamentos de moribundos... viejos y mujeres y niños... todos perecieron al filo de la espada... ¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Qué día tan horroroso para la historia del mundo!...

El calor triturante agitó mi cuerpo, el alma quería morir allí; pero las ligaduras de la carne y de los huesos me empujaban maquinamente fuera del salón del convite, así como estremece la vida con mil movimientos de musculación del cuerpo arrancado de la cabeza de la serpiente... loca, con los ojos desencajados, el pelo desgredado y encendido por los raudales de llamas de aquel antro de ruinas y de sangre, salté á la plaza y respiré mi corazón el aire... pero entonces la mano de hierro de los soldados de Obando cayó sobre mis hombros y me precipitó en tierra... me cargaron de cadenas... su planta bárbara pisó la cabeza infeliz de la reina de Xaragua, y como una fiera, amarrada por los brazos al pié de sus caballos, me arrastraron por las montañas llevándome á Haití...

Bien hizo Dios en permitir que mis tribus desaparecieran de la superficie de la tierra, antes de estos días espantosos de luto y de vergüenza... Solitarias estaban las crestas de los montes... solitarias las selvas; solitarias las inmensas sabanas; solitarias las orillas de los ríos; la tristeza de la muerte presidía mis últimos tormentos; y mordida de perros y cubierta de llagas, llegué á la plaza de Santo Domingo.

No podía mas con la vida que se asomaba á los ojos espantada, deseando huir del cuerpo hecho pedazos... Apenas estuve en el medio de la plaza, cuando el verdugo se apoderó de mi carne y de mis huesos. Los ojos los fijé en el cielo, y el espíritu, lleno de caridad y de justicia, pura como las aguas del Juna, á donde nací, se desprendió de la cárcel que lo encerraba para subir á la eternidad de los inmortales... La mano del verdugo enlazó mi cuello con el hilo de la muerte, y me precipitó á los aires: las arterias de mi garganta se rompieron: y yo, reina de Xaragua y de Cibao, morí ahorcada en el año de 1503, en la plaza pública de Santo Domingo... (1).

(1) En las páginas 50 y 51 de la *Historia de la América setentrional*, escrita por una sociedad de geógrafos y sabios, se lee el suceso de esta manera:

I Castigliani referirono al governatore generale, che la regina de Saragua meditava qualche disegno ed importava l'antivenirlo. Ovando conosceva l'indole perversa di quelli che gli davano quell'avviso: eppure egli colse quel pretesto per entrare in quella provincia alla testa di trecento fanti e sessanta cavalli, dopo aver pubblicato che il motivo de suo viaggio era quello di ricevere il tributo che la regina dovea alla corona di Castiglia e di rendere visita ad una principessa che si era sempre dimostrata favorevole verso gli Spagnuoli. La fidanza d'Anacaona sembra provare ch'ella non avea nulla da rimproverarsi; non attese essa che ad accogliere il governatore onorevolmente, radunò tutti i suoi vassalli per rendere più numerosa la sua corte e dare un'alta idea della sua possanza; gli scrittori spagnuoli ne fanno ascendere il numero a trecento, e li chiamavano cazichi. All'avvicinarsi del governatore ella gli andò incontro, accompagnata da quella nobiltà e da innumerevole popolo: tutti danzavano, alla foggia del loro paese, e facevano rimbombare l'aere coi loro cantici. L'incontro seguì presso la città di Saragua con reciproci attestati di confidenza e di amicizia. Dopo i primi complimenti, Ovando fu condotto fra continue acclamazioni al palagio della regina, dove trovò in amplissima sala la mensa che lo aspettava: tutte le sue genti furono trattate con profusione, ed il convito fu seguito da danze e ginocchi. La festa durò diversi giorni con varietà e magnificenza; ed i castigliani ammiravano, secondo ciò che si legge nei loro storici, il buon gusto che dominava in una corte che pur essi chiamavano barbara.

Ovando propose alla sua volta, alla regina di Saragua, una festa alla spagnuola, per la domenica seguente, e le fece intendere che per comparirvi con maggior lustro dovea condurre con se tutta la sua nobiltà. Quest'avviso pareva più alto a lusingare la di lei ambizione che non a renderla diffidente. Ella ritenne i suoi trecento vassalli e nel giorno medesimo diede loro un grande convito, alla presenza di un popolo immenso, accorso per la singolarità dello spettacolo. Tutta la sua corte si trovò accolta in una sala spaziosa, il cui tetto era sostenuto da un grande numero di pilastri, e costeggiava la piazza che dovea servire di teatro alla festa. Gli spagnuoli, dopo d'essersi fatti, alcun poco aspetare, comparvero finalmente in ordine di bataglia: la fanteria che marciava innanzi, occupò, senza ostentazione, tutte le uscite della piazza; venne quindi la cavalleria col governatore alla testa, ed accostatosi alla sala del convito, la investì: allora tutti i cavalieri castigliani snudarono le spade. Questo spettacolo fece fremere la regina ed i suoi convitati, ma Ovando, senza dar loro tempo di riflettere, pose la mano sulla sua croce d'Alcantara, segnò concertato colle sue truppe. Immediatamente la fanteria fece man bassa sul popolo ond'era ingombra la piazza, mentre i cavalieri, mettendo i piedi a terra entrarono rapidamente nella sala. I cazichi vennero legati alle colonne, e senz'altro dire, si diede fuoco alla sala e tutti queisventurati furono ridotti in cenere. La regina, destinata a più vergognoso trattamento, fu caricata di catene e presentata al governatore che la fece condurre in quello stato a San Domingo, e quivi processata secondo le forme de Spagna. Ella vedne dichiarata convita d'aver congiurato contho gli spagnuoli e condannata al più vergognoso dei supplizj, a quello della forca. Si fece perire nella fatal giornata in Saragua un numero infinito di americani, senza distinzione d'età, né di sesso.

FIN DE ANACAONA.

QUIBIAM,

REY DE VERAGOA (1).

Anzi pur rifa, edor fatta immortale;
Acció che l'mondo la conosea ed ame.

PETRARCA.

I.

El huracan levanta hasta el cielo las ondas de los mares; el trueno revienta entre las nubes, estremeciendo los límites de la tierra; en la oscuridad desaparece la luna, y todo es frío y silencio pavoroso; de las espesas nieblas amontonadas como falanges de tempestades, se desprende una gota de fuego trasparente como el agua fresquisima del yebra (2); rueda por el espacio, ligera como el canto lastimoso del zinsonte, y agranda y se extiende hasta llenar los ámbitos de Oriente y de Occi-

(1) El rey Quibio ó Quibia, á quien los historiadores llaman Quibiam, era cacique de la provincia riquísima del Darien, de las orillas del rio Yebra, de las altas crestas donde habitaban las razas Doraces y Gumies de las tribus Urirayas y Juries, de las tierras de Cariari, de las tribus Cubigaes, de la inmensa laguna de Chiriquiri, de las orillas del mar del Sud y de todo el largo de las costas de las Antillas, habitadas por infinidad de pueblos civilizados y comerciantes que llevaban sus tejidos de algodón incrustrados de oro y teñidos de colores, y sus pieles de animales á cambiar por las islas del Archipiélago, por otros géneros y artículos de su uso y necesidad.

Este rey era temido de sus pueblos por peleador y valiente, por su carácter astuto y por el gran conocimiento que poseía de las cosas naturales y de las que venían inventadas por el entendimiento de las criaturas. Conoció el fundido del cobre y la elaboracion y pulimento del oro. Sabía la direccion de los mares por las estrellas, y la curacion de las enfermedades de sus tribus con yerbas y piedras marinas. Tenia 38 años cuando por primera vez le hablaron los españoles. Era de regular estatura: de color menos amarillo que los hombres de su raza: tenia la frente despejada y extendida sobre los ojos, que eran pardos y vivísimos, penetrantes y cubiertos siempre de melancolía. Su fisonomía era proporcionada, y en ella retrataba cuando quería todos los efectos de su alma: y aunque lento al parecer en sus movimientos, su ligereza era de águila, así como la vivacidad de su espíritu que reconcentraba sin que nadie pudiera penetrar sus intenciones. Estaba casado con la cacica Iraiba, de la tribu de los Naitingas, de la que tenia dos hijos. Vivía sobre unas espeluncas cubiertas de árboles y flores, situadas á las orillas del rio Yebra, á dos leguas del mar. Navegaba por las costas la mayor parte del año. En 1502 cuando llegó Colon, estaba en sangrienta guerra con las tribus del Nicaragua que se habian alzado de su dominio: aquel indio, dominado por un sentimiento de venganza que al fin fué descubierto, hizo una guerra devastadora al establecimiento de los españoles, hasta tal punto, que se vieron obligados en abril de 1503 á abandonar aquellas riberas para no perecer todos.

Salió Colon para su cuarto viaje, en el que descubrió el Veragoa (y quien despues se llamó Veragna), de la bahía de Cádiz, con cuatro navios, el miércoles 41 de mayo de 1502: hizo su camino por las islas de Fierro, tomando derrotero para las Indias, al Oeste cuarto Sudoeste. El día 16 del mismo mes perdió de vista las Canarias, y el 15 de junio llegó á la isla Matinino, trescientas leguas antes de la Española. Siguió su camino hasta avistar el puerto de Santo Domingo, pero sin entrar en él: el 14 de julio se alejó del puerto, siguiendo su derrotero por el Oeste. El 16 llegó á la Jamaica: continuó cuatro dias la direccion al Oeste cuarto al Sudoeste: dos dias navegando al Nornoroeste y otros dos al Norte, y el 24 vió la tierra llamada Cayo Largo, que era una isla baja cercana á Cuba y descubierta ya en los viajes anteriores: partió de allí el 26, atravesó un golfo pequeño de 90 leguas, camino del Sur; cuarto al Sur-oeste, y el día 30 descubrió la isla Guanaja. De esta isla se fué á la de Truxillo, que estaba á 10 leguas haciendo derrotero por el Sur; luego tomó puerto en la punta de Caxinas, siguiendo desde allí navegando por la costa siempre con vientos contrarios y surgiendo por las noches junto de tierra: 15 leguas mas allá de Caxinas descubrió el rio Tinto, y el 14 de setiembre llegó al cabo que llamó

GRACIAS A DIOS: visitó un poco mas adelante la provincia de Cariari, donde encontró gentes de muy buenas formas, que llevaban al cuello pedazos de oro, aunque bajo de calidad; hombres y mujeres cubrian la deshonestidad con cierta corteza fina de los árboles y con telas de algodón. Pasó adelante y halló una bahía muy grande que los indios llamaban Cerabaro ó Caribaro, á la cual puso Colon bahía del Almirante, y otros navegantes, mas tarde, Boca del Toro: en aquella tierra los indios traian del cuello suspendidos por cordones de algodón pedazos de oro muy bien bruñidos y águilas toscas hechas de granos del mismo metal majados con piedras de pedernal. De allí pasó á otra bahía llamada Aburem, donde estaba la gran laguna de Chiriquiri. El 17 de octubre de 1502 salió de esta bahía, y á las doce leguas halló el rio llamado Guyga, á quien don Hernando Colon llamó Guaig: por este rio se entraba en las poblaciones de indios, que traian como los de Garibaro espejos de oro pendientes al cuello: la naturaleza de estas gentes era feroz y desconfiada; iban armados de arcos y flechas. Siguiendo su viaje halló el rio Gatiba, y dos dias despues, costeando, llegó á un lugar llamado Cubiga provincia de Cobraba. Lo postrero que descubrió el almirante fué el puerto que llamó del Retrete, donde entró sábado 26 de noviembre, habiendo descubierto hasta aquel lugar 330 leguas de costa. Viendo que segun adelantaba hallaba menos riqueza y civilizacion, el 5 de diciembre de 1502 salió del Retrete volviendo hácia el Occidente, en busca del lugar donde halló los indios con las águilas de oro al cuello y que se llamaba Veragoa. La misma noche ancló en Puerto Belo, que distaba de aquel punto diez leguas: nueve dias tuvo de tempestades, las mas horribles que habia pasado ningun marino sobre los mares, y el 17 de diciembre entró con sus buques en un puerto, donde se detuvieron tres dias: el 3 de enero se abrigaron en otro ya del Darien, y el día de la Epifanía, que fué el 6 de enero de 1503, entró con dos de sus navios, haciéndolo al siguiente dia con los otros en el rio I-u-ebra, que forma la entrada de las tierras del Veragoa, á quien llamó rio Belem, y donde permaneció hasta el último de abril de 1503.

(2) Rio caudaloso en los meses lluviosos, por donde entró Colon en las tierras del Veragoa.

dente; mi espíritu se agita, y la ráfaga interminable de claridad envuelve mi osamenta, levantada del sepulcro por la voluntad misteriosa del Señor del mundo.

¿De dónde viene esa luz de relámpago como la vestidura del ángel? ¿quién sois los que llegais entre sus pliegues vaporosos de nacar azul y de voces armoniosas y de perfumes suavísimos de flores?... ¡Nadie responde á mis palabras!... el huracan recoge sus potentes alas; no hay para mí calor ni movimiento; mi alma se estremece, devorada aun por el dolor infinito de la desgracia, y solitaria en medio del desierto mundo... ¿Quién sois vosotros, celestiales espíritus de la noche, que venís cubiertos de luto en esas nubes brillantes de santa inmortalidad?...

Rompiendo el espacio descendiendo del cielo la estrella que acompaña la misteriosa luna en su largo camino; la luz de oro, desprendida del círculo eterno de los astros, rutila como el primer día de la creacion sobre las crestas erizadas del Veragoa, las orillas del Yebra y del Urira, los dos mares (1) que bañan el mundo, y las sombras de los reyes que se sientan silenciosas sobre la cúspide de las montañas; á sus piés están postradas y envueltas en sus paños mortuorios las inmensas generaciones de las tribus de Haiti, que yacian olvidadas en las ocultas tumbas de las desiertas sabanas. ¡Cuánto tiempo han dormido mis huesos sobre la piedra mortuoria! ¡Cuántos años ha divagado entre las nieblas el espíritu que dió calor y movimiento á las fibras lastimadas de mi cuerpo!... ¡Sombras de los héroes que enjugais el llanto de los ojos abrasados por el dolor; ángeles infelices coronados de pesadumbre, que llorais aun al través de los siglos la ruina de la patria!... el sueño del sepulcro habia borrado de mi cabeza vuestra memoria, grande como el mar y como el cielo; pero la claridad penetra de nuevo en la noche del entendimiento, y yo os bendigo, espíritus inmortales de los infelices reyes de Haiti y de Veragoa...

Machocahel, Vagoniona, Guacanajari, Caonabo, Guarionex, Bohechio, Guaorocaya, Cotobana, Ainaima y Anacaona, yo os saludo; blancos fantasmas que habeis dejado la lúgubre quietud de los sepulcros, para oír el eco lastimoso de mi apacible marimba: ¡qué blanca es la corona de siglos que adorna vuestra frente! ¡qué velada y misteriosa la luz que amortigua vuestros ojos! ¡cuánto frío estremece vuestras osamentas, sepultadas en la noche destructora de la adversidad!... Salud, sombras inmortales de los reyes; yo siento revivir en mis entrañas el fuego sagrado de la inspiracion; doblais la cabeza abrumadas por la melancólica tristeza, ¡espíritus infelices!... la onda incansable de los tiempos hace vibrar los ecos lastimosos de mi canto: oid, guerreros, la triste historia de Quibiam, el rey de los montes y señor de las islas y de los mares.

Cuarenta veces el calor vivificador del cielo y de la tierra habia coronado los árboles de flores; cuarenta veces las tribus Gumies (2), Doraces y Juries habian venido á derramar lágrimas sobre la piedra sagrada de los reyes inmortales. Los montes de Darien eran mios; mi mano los habia conquistado, derramando á torrentes la sangre de las tribus. Veragoa bendecía mi reinado; los dos mares sobre sus ondas espumosas, sostenian el peso interminable de mis canoas; las islas de Cubanacan, de Jamaica, del Boriquen, de Guahanani y de Guayarima, temblaban al escuchar mi nombre; era rey de las costas del Nicaragua, de las montañas agrestes cubiertas de volcanes y señor de las aguas salobres; mi voz dominaba el ámbito de la tierra.

(Se continuará.) JOSÉ GÜELL Y RENTÉ.

Revista de la moda.

SUMARIO. — La elegancia parisiense en las reuniones del gran mundo y en los bailes de la Opera. — Trajes de carnaval. — Descripción de algunos de ellos copiados en la Opera. — Sobre las modas nuevas. — Proyectos de modas de primavera. — Las levitas derechas. — El sombrero á la inglesa. — Dos palabras sobre el calzado; las puntas cuadradas en lugar de las puntas redondas. — Cacerías imperiales. — Fiestas del gran mundo. — Descripción del figurin que representan los trajes de la temporada.

Por todas partes abunda la juventud dorada; en los salones, en los bailes particulares y en los de la Opera; sobre todo estos últimos cuentan este invierno con una concurrencia extraordinaria. La variedad en los trajes no es muy grande; el inevitable «pierrot» ó payaso parece el uniforme oficial de los aficionados al disfraz carnavalesco. Como las novedades en punto á modas son hoy muy escasas, voy á dar aquí la descripción de dos «pierrots» elegantes que estaban el sábado en el baile de la Opera.

El traje del primero se componia de una especie de blusa corta abierta por delante, sin cuello, con un galon azul al re-

(1) Los dos mares son el Océano Atlántico y el Océano Pacífico.

(2) Estas razas habitaban desde el rio Matinino, toda la cordillera del Pico Blanco y Pico del Rabalo, se extendian por las márgenes del rio de los Doraces: habian colonizado por el cabo Valiente, Boca del Toro y mas allá del escudo de Veragoa en la parte del Atlántico.

dedor, y que dejaba flotar una camisa muy hueca con un cuello formando golilla de punto de Alençon. Esta blusa tenia unas mangas muy anchas y largas.

El del segundo, género Luis XV, llevaba una chaquetilla que dibujaba las formas, y en lugar de las mangas interminables tenia unas mangas afolladas hasta el codo, con otras mangas interiores de nansú plegado. El calzon, lo mismo en este traje que en el anterior, es muy ancho y llega á las rodillas, donde se cierra con un lazo de cintas azules. Medias blancas de seda. Zapatos de raso blanco. Fielto adornado con plumas.

Ya que estamos con los trajes de máscara, señalaremos otros varios fotografiados como aquellos en los bailes de la Opera.

— Un «debardeur» con un corpiño de terciopelo nacarado ribeteado por delante con un terciopelo azul. Este corpiño no va ajustado por ninguna parte. No hay chaleco, pero en cambio se ve una camisa plegada hasta la cintura. El pantalon de género marinero era igual á la chaquetilla, y le sostenia una faja de cuadros azules y blancos.

El traje de su compañera, «la debardeuse», se componia de un justillo de terciopelo punzó adornado con cuatro hileras de botones. Pantalon ancho con un cinturón de puntas flotantes; zapato de charol.

— Un «faquin» del último siglo con una levita de paño gris abotonada derecha; mangas anchas por arriba y estrechas por abajo; grandes solapas, faldones recogidos y cuello de ocho centímetros de alto. El calzon corto era de casimir nan-kin, y en la abertura del bolsillo llevaba muchos sellos de reló. Medias rayadas con ligas. Botas de campana. Peluca, sombrero de tres picos y guantes verdes.

Hablemos ahora de modas: siguen reinando los mismos principios de elegancia que indiqué al principio de la temporada. El frac negro ó el frac de fantasía con corbata blanca y chaleco blanco. Tambien llevan los jóvenes muchas joyas y pedrerías. Una botonadura de chaleco es cosa indispensable para un joven del día.

Ya se forman proyectos para las modas de primavera.

¿Se llevarán levitas ó se volverá á las casaquillas á la francesa? Las levitas están mejor, son mas distinguidas; pero no hay nada mas cómodo que las casaquillas.

Se dice que se elegirán las levitas derechas, que son mas elegantes que los paletós en forma de sacos.

Los chalecos se hacen mas largos.

Por último, se intenta una reforma que se pide hace ya muchos años. Los jóvenes elegantes parisienses han adoptado los sombreros derechos, género inglés, con las alas lisas al rededor y bastante anchos. Por algo se principia; no obstante, confiamos poco en la abolicion del sombrero moderno de una forma ú otra.

En cuanto al calzado se usan los botitos de charol con elásticos para paseo, y para baile tienen tambien la misma forma; únicamente son de tela lisa ó de raso. Las puntas cuadradas están á la orden del día. No obstante, son menos graciosas que las puntas redondas.

A pesar de los bailes se caza todavía. Ultimamente la corte imperial estuvo de caza en la selva de San German: todos los que á ella asistieron llevaban uniforme.

Entre los convidados figuraban los señores duque de Vicence, el conde de Castel Bajac, el baron de Revres, M. de La Tour Maubourg, el baron Lambert, el príncipe de la Moskowa, el baron Delessert y el doctor Aubin.

Hé aquí un boletín de las fiestas del gran mundo:

Baile en casa de la señora C. Heine, sobrina del ministro de Estado, y otra fiesta de baile en casa de Mme de Girardin.

La señora condesa Waleska recibe por las tardes de tres á seis, y en su casa se reúne una sociedad escogida y muy lujosa.

Mme Murphy ha abierto sus brillantes salones.

La señora duquesa de Galiera recibe todos los lunes en su hermosa casa de la calle de Varennes, que perteneció á madame Adelaide, y que habitó el general Cavaignac.

La señora duquesa Pozzo di Borgo recibe los miércoles, y la marquesa de Pomereu los domingos.

Pero la noticia que ha producido una gran sensacion en el mundo aristocrático ha sido la de los bailes en casa del príncipe de Montmorency-Luxemburgo en su nueva casa calle de Saint-Dominique San German.

La señora de Tourgueneff abrirá próximamente sus salones.

En la semana última hubo una reunion musical en casa de la señora de Kaiseroff, y se ejecutó una opereta en casa de M. J. Beer, sobrino del ilustre Meyerbeer. Tenia por título: *En estado de sitio*, y estuvo muy bien desempeñada por madame G. Sabatier, María Cabel, de la Opera Cómica, y M. J. Lefort.

Terminaremos con la descripción de nuestro figurin que representa trajes de la actual temporada.

El primer personaje lleva un sobretodo con una sola costura, que cae derecho por todos lados. Esta prenda se hace de un tejido confortable y se forra de seda. El cuello se cubre de terciopelo. Debajo se lleva un traje ajustado. El pantalon es de un estilo diagonal, rayado á lo largo y sin trabillas.

La segunda figura lleva un traje de medio vestir, que se compone de una especie de casaquilla verde mezlilla ajustada por detrás, con mangas mucho mas anchas por arriba que las que se hacen ordinariamente; chaleco de fantasía de cachemira con chal subido; pantalon de forma ordinaria ajustado sobre el calzado.

Por último, se ve un traje muy elegante y que se llevará mucho en la próxima primavera.

La levita corta de faldones y ajustada al talle es de uafina negra. Se abotona derecha sobre el delantero. Las mangas son anchas por arriba y casi justas por la muñeca. Cuello de terciopelo negro.

Chaleco de cachemira labrado de chal subido.

Pantalon gris y negro, ancho y sin trabillas.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

LA PRIMA DEL CORREO DE ULTRAMAR EN 1859

LOS COMPAÑEROS DE JEHU

NOVELA DE M. ALEJANDRO DUMAS

La administracion del CORREO DE ULTRAMAR, constante en su deseo de agradar al público ilustrado que la favorece en todos los puntos de América á que destina sus publicaciones, regala este año á todos sus suscritores la última novela que ha dado á luz el célebre Alejandro Dumas, el mas leído y admirado de los novelistas franceses.

Grandes son los sacrificios que la empresa del CORREO DE ULTRAMAR se viene imponiendo hace tres años para dar *gratis* á sus suscritores unas primas que tienen un valor intrínseco en librería muy considerable; pero ya hemos dicho en diferentes ocasiones y lo repetimos hoy, que cuando se trata de complacer á nuestros constantes amigos y favorecedores, no retrocedemos ante ninguna consideracion, aun cuando esta sea contraria á nuestros intereses.

En cuanto al mérito literario de la obra que ofrecemos este año, el eminente talento de Alejandro Dumas que tan bien saben apreciar nuestros lectores de América, nos dispensa de hacer aquí su elogio.

Sin embargo, debemos reconocer que en los *Compañeros de Jehu*, la novela mas importante que ha publicado en estos últimos tiempos el gran escritor, parece haber hallado en su pluma algo de inusitado para trazar la pintura conmovedora de los sucesos á la vez misteriosos y dramáticos que señalaron las últimas

fases de la revolucion francesa de 1789 y el principio de las guerras de la Vandé.

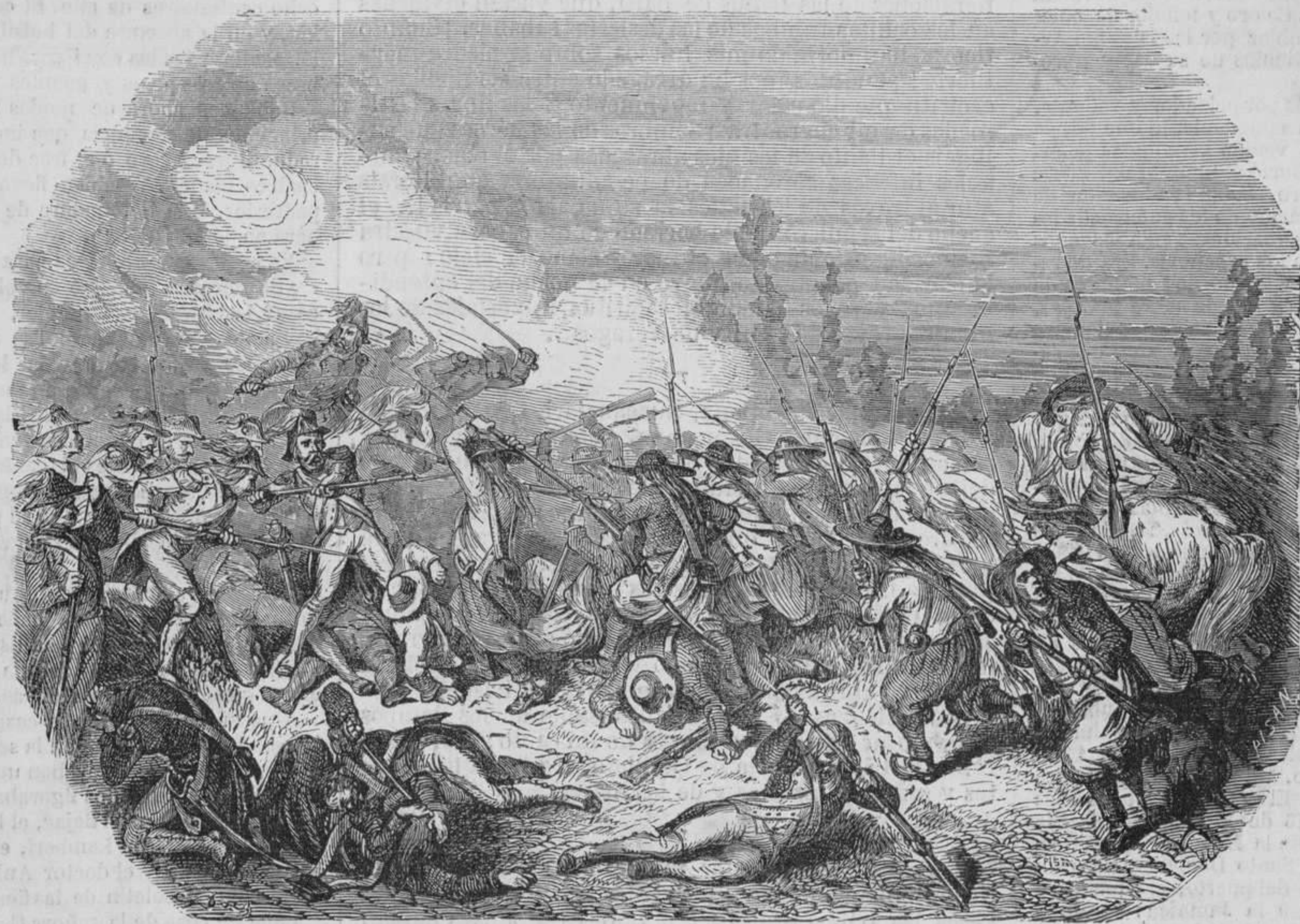
Los retratos bosquejados rápidamente, pero con mano maestra, del Primer Cónsul, de Jorge Cadoudal, de Morgan y de los hombres notables que sostuvieron en el nombre sacrosanto de la religion aquella lucha gigantesca de la Vandé, dan á conocer bajo un aspecto enteramente nuevo esa parte de la historia contemporánea.

El lector, hechizado con la pintura consagrada á los sentimientos mas tiernos del amor y la amistad, fascinado por el interés de las narraciones, que solo Dumas sabe hacer tan embelesadoras, llega insensiblemente á las escenas sangrientas y terribles que sirven de conclusion á la obra.

Inútil nos parece hablar sobre la parte material de los *Compañeros de Jehu*; diremos solamente que la edicion es en un todo igual á las de la *Condesa de Charny* y *Montecristo*.

Las láminas, sin embargo, tienen la ventaja de haber sido hechas expresamente para la edicion española por uno de los dibujantes de mas fama, M. Gustavo Doré, y por M. Pisan, grabador acreditado.

Como muestra, damos en esta página dos de ellas, una representando un combate entre los republicanos y los vandeños, y otra que figura el ataque de la mala de Chambery, dos episodios interesantes de esta novela que, como hemos dicho ya, abunda en aventuras y peripecias dramáticas.



COMBATE DE LOS REPUBLICANOS Y DE LOS VANDEANOS.



ATAQUE DE LA MALA DE CHAMBERY.